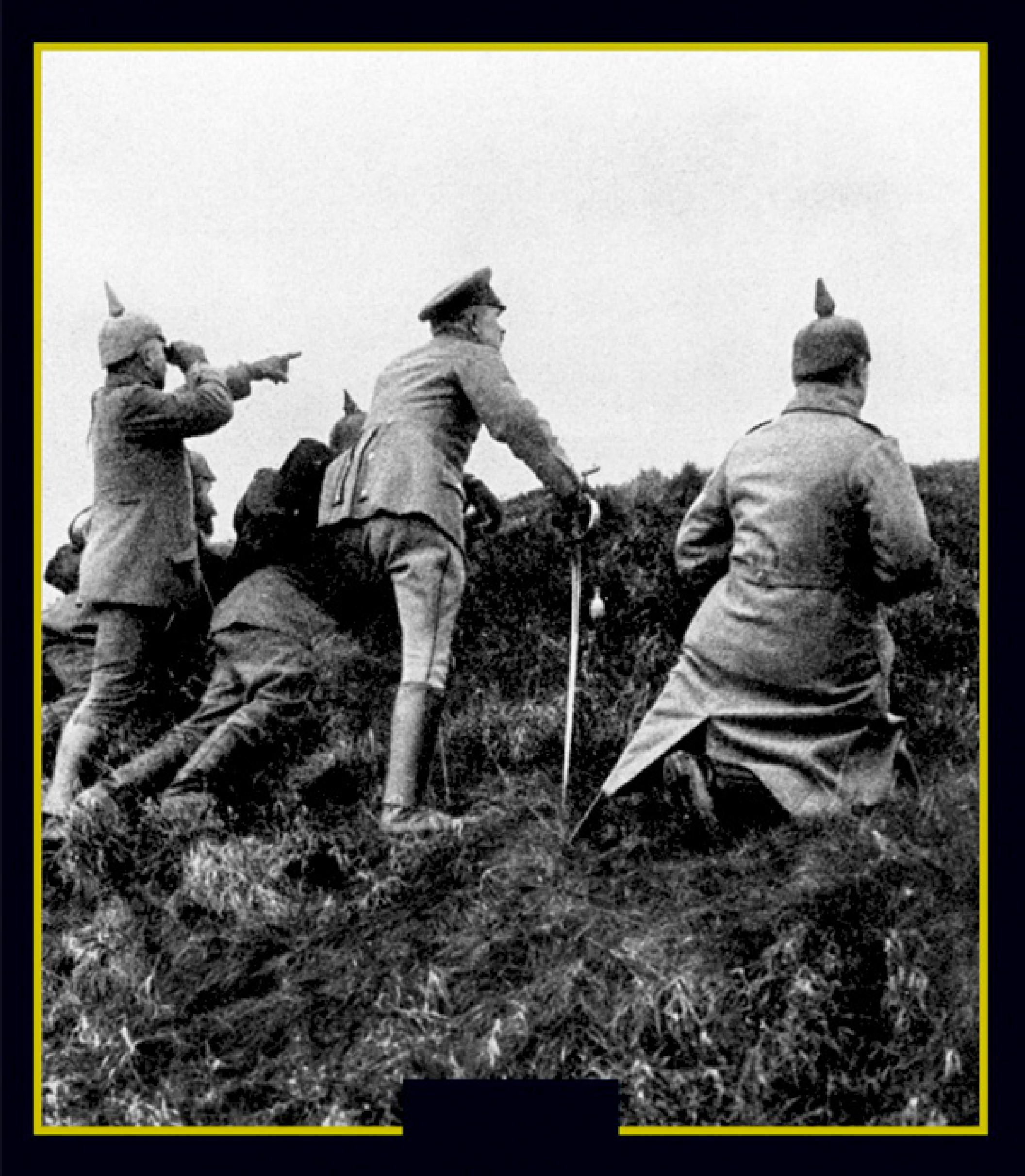
Ernst Jünger

EL TENIENTE STURM



Durante la Primera Guerra Mundial, el joven teniente Sturm aprovecha las pausas en los combates para anotar sus observaciones sobre la guerra, contemplada como ley universal de la existencia, y el Estado moderno, una maquinaria esclavizadora del individuo en la era de la técnica. Lector voraz de Baudelaire o Huysmans, antiguo estudiante de zoología en Heidelberg, Sturm es también un escritor en ciernes al que le gusta leer esbozos de una novela que está escribiendo a dos oficiales amigos suyos. Roído por la contradicción constante entre vida activa y vida contemplativa, recrea en esos pasajes una concepción vitalista y aventurera de la existencia, así como el vértigo de la vida en las ciudades: un escenario expresionista para el arte y la sensualidad de los cuerpos.



Ernst Jünger

EL TENIENTE STURM

ePub r1.0

Titivillus 08.06.16

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Sturm*
Ernst Jünger, 1923
Traducción: Carmen Gauger
Retoque de cubierta: Titivillus
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2







Edición digital: ePubLibre (EPL), 2016
Conversión: FS, 2020

Capítulo 1

Los cabos de sección de la tercera compañía tenían por costumbre pasar juntos las horas que preceden al anochecer. En esos momentos del día los nervios estaban descansados, las cosas intrascendentes recuperaban su valor y eran comentadas en charlas interminables. Cuando se veían por la mañana después de noches llenas de lluvia, de fuego y de mil excitaciones diversas, todos los pensamientos eran inconexos e incisivos, se pasaba junto a los demás con rostro huraño, o bien el mal humor daba lugar a explosiones que en tiempos de paz habrían tenido ocupado al tribunal de honor durante largas semanas.

En cambio, después de dormir cuatro horas, uno se despertaba como un hombre nuevo: se lavaba en el casco de acero, se cepillaba los dientes y encendía el primer cigarrillo. Leía el correo traído junto con el rancho y cogía la gamella que conservaba el calor en un cajón lleno de paja. Luego metía en el cinto la pistola y salía a vagabundear por la trinchera. Era la hora en que uno solía reunirse en el abrigo del teniente Sturm, el jefe de la sección mediana.

Esa hora era como una sesión de la Bolsa en la que se valoraban todas las cosas que allí tenían importancia. El cuerpo de la compañía semejaba un animal disimulado en la arena, que bajo una aparente tranquilidad vibraba con los músculos en tensión. La ofensiva había sido un salto que había exigido todas las fuerzas; ahora, en la etapa defensiva, los hombres estaban otra vez en contacto mutuo y cultivaban todas las modalidades del trato social. Su relación con el resto de la humanidad pendía de hilos

delgados y siempre a punto de romperse, estaban aislados como una aldea de los Alpes en pleno invierno. Así, el individuo ganaba en interés: la propensión al conocimiento psicológico, propia de todo ser humano, tenía que limitarse siempre a los mismos fenómenos y de ese modo era aún más fuerte.

Esos hombres, cuya vida en común los ajenos al frente resumían en pocas palabras, como «camaradería» y «confraternidad de armas», no habían dejado atrás nada de lo que constituía su vida en tiempos de paz. Eran los de siempre, en otro país y en otro modo de existencia. Y por eso también habían traído con ellos ese sentido especial que capta el rostro de otro, su sonrisa o incluso el sonido de su voz por la noche y que establece así una adecuación entre el tú y el yo.

Catedráticos y sopladores de vidrio que se dirigían juntos a los puestos de escucha; vagabundos, electrotécnicos y bachilleres reunidos en una patrulla; peluqueros y labriegos agazapados todos juntos en las galerías subterráneas; soldados que transportan material, que excavan trincheras y que reparten comida; oficiales y suboficiales cuchicheando en oscuros rincones de la trinchera: todos ellos formaban una gran familia que no se entendía mejor ni peor que todas las demás familias. Había muchachos jóvenes, siempre alegres, junto a los que nadie podía pasar sin reír o sin dirigirles una frase amable; hombres con vocación de patriarcas, de barba cerrada y ojos serenos, que sabían rodearse de un ambiente de respeto y resolver cualquier situación con la palabra adecuada; robustos hombres del pueblo, de apacible sentido práctico y siempre dispuestos a echar una mano; tipos de poco fiar que durante las horas de trabajo se retiraban a abrigos y ramales ciegos abandonados para fumar o para roncar, pero que a la hora de comer tenían un saque increíble y durante las horas de descanso sabían darse importancia con desconcertante buen humor. Algunos pasaban completamente inadvertidos, eran un cero a la izquierda, y muchas veces no se reparaba en

ellos hasta que un disparo ponía fin a su vida. Otros, en verdad nacidos con mala estrella, eran de rostro desagradable, merodeaban por los rincones, todo lo que hacían carecía de atractivo, y nadie quería montar guardia con ellos. Se les conocía por los motes, y cuando su grupo tenía que llevar a cabo un trabajo molesto, como cargar con cajas de munición o colocar una alambrada, era obvio que el sargento los elegía a ellos. Había otros que sabían arrancar delicados sonidos a una ocarina, cantar por la noche breves cuplés o transformar cartucheras, cascos de granada y bloques de tiza en delicados objetos; por eso siempre eran bien recibidos. Entre los grados del escalafón se levantaban los muros de una disciplina prusiana. Detrás de esos muros, los contrastes eran más rigurosos, los sentimientos más vivos, pero sólo en raras ocasiones se ponían claramente de manifiesto.

En el fondo, en esa comunidad de combate, en esa compañía a vida o muerte, se ponía de manifiesto de modo excepcional lo extrañamente pasajero y triste de las relaciones humanas. Como un pueblo de moscas, bailaban en desorden hasta que de pronto los dispersaba un golpe de viento. Sí, cierto: cuando, inesperadamente, los mozos de cocina repartían grog en las primeras líneas o cuando un atardecer suave ablandaba los ánimos, todos eran como hermanos y llamaban a su círculo incluso a los solitarios. Cuando uno de ellos caía en el combate, los otros se reunían en torno a su cadáver, sus miradas se encontraban, sombrías y profundas. Pero cuando la muerte planeaba como una nube de tormenta sobre la trinchera, entonces estaban solos; cada cual se quedaba a solas consigo mismo en la oscuridad, rodeado de silbidos y estampidos, cegado por el fulgor de los proyectiles, y no tenía en el pecho sino una infinita soledad.

Y cuando al mediodía se sentaban en los bancos de adobe de los puestos de guardia, y de los cardos en flor del campo devastado venían a revolotear sobre la trinchera mariposas multicolores, cuando el estruendo del combate cesaba por breves horas y

pequeñas bromas eran acogidas con tímidas risas, de la galería salía muchas veces un fantasma a la brillante luz exterior, clavaba en el rostro de éste o de aquél su mirada lívida y preguntaba: «Pero ¿por qué te ríes? ¿Para qué limpias el fusil? ¿Por qué remueves la tierra, como el gusano que escarba en el cadáver? Quizá mañana todo esté olvidado como el sueño de una noche». Quienes habían visto ese espectro eran fáciles de reconocer. Estaban pálidos y pensativos, y cuando montaban guardia, sus ojos miraban en la dirección de su fusil, clavados, fijos e inmóviles, en la tierra de nadie. Si caían en el combate, algún amigo hacía seguramente sobre su tumba el viejo comentario del guerrero: «Es como si lo hubiera presentido. Estaba tan cambiado en los últimos tiempos».

Alguno también desaparecía de pronto: casco, macuto y fusil quedaban tirados en un rincón, abandonados, como la cubierta protectora, rota y dejada atrás, de la crisálida. Al cabo de días o de semanas lo volvían a traer, la policía militar lo había detenido en una estación o en una taberna. Venía después el consejo de guerra y el traslado a otro regimiento.

Una mañana, a uno de esos hombres silenciosos los camaradas lo encontraron muerto en la letrina, bañado en su sangre. Su pie derecho estaba desnudo; quedó probado que había apuntado al pecho con el fusil y apretado el gatillo con los dedos del pie. Fue justamente la víspera del relevo; temblando de frío, un grupo estaba en la niebla alrededor de la figura tendida como un saco en la sucia papilla de lodo mezclado con jirones de papel. En los numerosos agujeros abiertos en ella por los clavos de las botas, brillaba un alquitrán entre negro y parduzco sobre el que burbujeaban gotitas de sangre como aceite color rubí. Ya fuese aquella muerte insólita en una zona donde la muerte era tan habitual como el fogonazo de los disparos, o ya fuese aquel lugar repugnante: ese día todos se sentían penosamente afectados por el soplo de absurdidad que rodea a un cadáver.

Alguien, por fin, dejó caer una observación, como se arroja un trozo de corcho al agua para comprobar la dirección de la corriente: «He aquí que uno se pega un tiro por miedo a la muerte. Y otros se han pegado un tiro por no haber sido admitidos como voluntarios. No comprendo nada». Sturm, que estaba presente, pensaba en el fantasma. Él podía comprender muy bien que uno que se movía inseguro entre la vida y la muerte de pronto se despertase entre dos precipicios y, como un sonámbulo, se dejara caer. Si no dirigían su trayectoria las estrellas fijas del honor y de la patria, o si su cuerpo no estaba endurecido por el ansia de combatir como por una coraza de escamas, entonces iba a la deriva, como un molusco, como un tembloroso manojo de nervios, en medio de la lluvia de fuego y acero.

Por otra parte —pensaba— quien aflojaba las riendas que se fuera al diablo: allí todas las fuerzas estaban puestas a prueba. Sturm era demasiado hijo de su época para sentir compasión en un caso así. Enseguida, sin embargo, otra imagen se le quedaba grabada en el cerebro: un ataque enemigo tras una ráfaga brutal.

Cómo salían entonces de sus cobijos, de un salto, los mejores y más valientes y cómo la flor y nata quedaba aniquilada en la última y definitiva tempestad de acero mientras que abajo, en sus galerías, temblaban los débiles y hacían honor a la sentencia que dice: «Más vale cobarde cinco minutos que muerto toda una vida». ¿Se hacía justicia allí al más valiente?

Sí, quien sabía tantear llegaba a dar con alguna posibilidad de sumirse en extrañas reflexiones. En su crónica de la trinchera, que solía escribir en los descansos de la guardia durante las noches tranquilas, Sturm había anotado pocos días atrás esta observación: «Desde la invención de la moral y de la pólvora, el principio de la selección natural por la supremacía del más fuerte ha perdido cada vez más importancia para el individuo. Se puede seguir con todo detalle cómo esa importancia ha ido pasando más y más al organismo del Estado, que, cada vez con

más desconsideración, limita las funciones del individuo a las de una célula especializada. Hoy hace tiempo que uno no goza de estima por lo que realmente vale sino sólo por lo que vale en relación con el Estado. Mediante esa supresión sistemática de toda una serie de valores, en sí muy considerables, se generan hombres que ya no tienen capacidad de vivir por sí solos. El estado originario, en cuanto suma de fuerzas más o menos equivalentes, aún poseía la capacidad de regeneración de los organismos primitivos: si lo despedazaban, las distintas partes apenas quedaban dañadas. Pronto volvían a fusionarse y formaban fácilmente su polo físico en el jefe de la tribu, su polo psíquico en el sacerdote o hechicero.

»En cambio, si se hiere de gravedad al Estado moderno, queda amenazada la existencia de cada individuo, al menos de la parte cuya subsistencia no proviene directamente del suelo, o sea, la mayor, con mucho. Ese inmenso peligro explica la furia enconada, el jadeante "ir hasta el final" del combate que libran, uno contra otro, dos de esos centros de poder. En ese choque ya no cuentan, como en tiempos de las armas blancas, las facultades del individuo sino las de los grandes organismos. La producción, el nivel técnico y químico, la instrucción pública y las redes ferroviarias: ésas son las fuerzas que, invisibles tras la humareda de la batalla con material moderno, se enfrentan una a otra».

De pie ante el muerto, Sturm recordaba esos pensamientos. Una vez más, un individuo había protestado allí enérgicamente contra el esclavismo del Estado moderno. Pero éste, ídolo indiferente, lo pisoteaba y pasaba por encima de él.

Ese sometimiento forzoso de la vida del individuo a una voluntad irresistible aparecía allí con terrible claridad. La lucha se desarrollaba en gigantescas proporciones, ante las que desaparecía el destino individual. La extensión y mortal soledad del campo de batalla, la acción a distancia de máquinas de acero y el traslado de todos los movimientos a la noche ponían una rígida

máscara de titán sobre todo el acontecer. Se mataban unos a otros sin verse; se recibía un impacto sin saber de dónde venía. El disparo preciso del tirador consumado, el fuego directo de los cañones y, con ello, lo atractivo del duelo hacía tiempo que habían cedido el paso al fuego masivo de las ametralladoras y de las concentraciones de artillería. El resultado venía a quedar reducido a una cuestión de números: quien podía cubrir un número determinado de metros cuadrados con la mayor cantidad de proyectiles se hacía con la victoria. La batalla era un brutal encuentro de masas, una lucha sangrienta de producción y de material.

Por eso los combatientes, ese personal subterráneo encargado de manejar máquinas asesinas, a menudo no tenían conciencia durante semanas de que allí se luchaba contra seres humanos. Una nubecilla de humo que giraba prematuramente en el crepúsculo, un puñado de tierra arrojado fuera de la trinchera, allá enfrente, por un brazo invisible, una llamada a media voz transportada por el viento, eso era todo lo que percibían los sentidos al acecho. Era comprensible entonces que quien vagaba desde hacía años por aquellos parajes quedara sobrecogido de horror. Era en el fondo la misma sensación de absurdo que a veces agobiaba la mente ante los desnudos bloques de casas de ciudades industriales, esa sensación de anonadamiento que la masa produce en el alma. Y lo mismo que en la ciudad se iba enseguida al centro urbano, para, entre cafés, espejos y luces, disipar los negros nubarrones de los pensamientos, aquí también uno intentaba huir de sí mismo conversando, bebiendo y siguiendo extraños derroteros del cerebro.

Capítulo 2

Toda sociedad constituida por hombres dependientes unos de otros evoluciona conforme a las leyes de la naturaleza orgánica. Nace por la fusión de diversos gérmenes y crece como un árbol que debe su carácter propio a una serie de circunstancias. El primer encuentro es, en el fondo, hostil; cada cual, cubierto el rostro con una máscara, merodea alrededor del otro, se presenta como quiere que le vean y observa los puntos débiles del otro. Poco a poco surgen simpatías, se descubren aversiones y aficiones comunes. Experiencias y embriagueces compartidas acortan las distancias y al final esa compañía es como una casa en la que se ha estado muchas veces y por múltiples motivos: se tiene una idea precisa de ella y como tal se la mantiene también en el recuerdo.

Lo interesante es que durante ese proceso se produce un auténtico cambio de personalidad. Cada cual habrá observado en sí mismo que es distinto según el ambiente en el que se mueve. Así como los esposos se asemejan con el paso del tiempo, toda comunidad de larga duración influye radicalmente en sus miembros.

Esa influencia recíproca la habían experimentado también los tres cabos de sección de la tercera compañía. Tras la guerra de movimiento, que los había vinculado como meros soldados y camaradas, habían descubierto también la mutua personalidad. Después de la última batalla en campo abierto pasaron a estar a la cabeza de sus secciones como teniente Döhring, sargento Hugershoff y aspirante a oficial Sturm. Mantuvieron esos puestos

en el largo periodo de guerra de trincheras que vino después: con el transcurso del tiempo, los otros dos también fueron ascendidos a oficiales. No afectados hasta el momento por los avatares de la guerra, quedaron ligados por lazos cada vez más estrechos, como personas a las que une la estancia en una isla desierta.

Poco a poco habían ido sintiendo la necesidad de pasar juntos las tardes. Si estaban en la trinchera, se reunían en el abrigo de Sturm. Durante los periodos de descanso iban a verse a los respectivos acantonamientos y, habituados a la vida nocturna, solían prolongar esas visitas hasta la madrugada. De ese modo, sin notarlo, quedaron fusionados en un cuerpo espiritual de especial naturaleza.

Junto a los sucesos del día, la base que sustentaba su conversación era un interés común por la literatura. Todos ellos habían leído mucho, pero sin criterio alguno, cosa típica de los jóvenes ambientes literarios alemanes. Tenían en común una ingenua fuerza elemental, extrañamente unida a cierta decadencia. Les gustaba atribuir eso a la influencia de la guerra, que, cual atávica marea viva, había irrumpido en las llanuras de una cultura tardía, habituada a todos los lujos. Así, por ejemplo, todos venían a coincidir categóricamente en figuras tan distantes entre sí, por el tiempo, el lugar y la importancia, como Juvenal, Rabelais, Li-Tai-Pe, Balzac y Huysmans. Sturm había definido en una ocasión esos gustos como el placer producido por el perfume del mal procedente de las selvas de la fuerza.

Döhring, el mayor, del cuerpo de caballería, era oficial de la reserva y abogado de la Administración, pero todo parecía interesarle más que su profesión. En el trato con los demás, poseía una maravillosa y agradable manera de moverse en la superficie y opinaba que el ingenio era el medio más seguro para perder todas las simpatías. Cuando consideraba importante que lo conocieran mejor, como en este caso, se ponía de manifiesto que

su sencillez era el producto de una educación muy esmerada y que sin duda era muy capaz de atraer también a su esfera cosas sutiles y complicadas. Eso también lo manejaba con facilidad y seguridad, por el placer innato de la forma. Le agradaba adoptar un estilo que pronto abandonaba de nuevo. Así, a veces hablaba en un alemán arcaizante y cancilleresco, redondeaba unas frases abigarradas y sonoras, como las de un cuentacuentos en un café árabe, o las entrecortaba a la manera expresionista, y los otros dos gustaban de seguirle.

A Hugershoff, el pintor, lo había sorprendido el estallido de la guerra durante un viaje a Roma. En momentos de mal humor, que en los últimos tiempos le sobrevenían cada vez con más frecuencia, maldecía por haber regresado. A veces, durante los periodos de descanso, pintaba; después de una conflictiva conversación con Döhring sobre crítica del arte habían llegado al acuerdo tácito de no hablar más de sus cuadros. Se calificaba a sí mismo de colorista puro, lo que era exacto por cuanto que en sus cuadros, fuera de los colores, no podía distinguirse nada. Como esencia interior de su quehacer, él destacaba el éxtasis. Sturm recordaba que en aquella ocasión dijo: «Si necesito una luz blanca, la pongo sin más, y si no dispongo de pincel, cojo lo primero que tengo a mano, aunque sea una cabeza de arenque vieja. Contempla, por ejemplo, un Rembrandt: hay allí quizás una capa de cielo, una franja de bosque y, delante, un prado; lo puedes colgar de la pared boca abajo y sigue impactándote». Döhring le respondió que la finalidad de un Rembrandt no era desde luego ser colgado del revés y que apenas podía imaginarse dos extremos tan contrarios como el éxtasis y una cabeza de arenque. Eso fue el origen de la disputa. Fuera de la pintura, Hugershoff era una persona sociable y de buen trato y admitía que le contradijeran en todos los demás campos. Hombre de furioso erotismo era capaz de llevar la frase más abstracta al terreno del chiste obsceno. Para eliminar tales alteraciones, se había acordado limitar cada vez el tema a la primera media hora de la reu-

nión. Esa media hora semejaba siempre un gabinete de curiosidades histórico, etnográfico, literario, patológico y personal. Entonces Hugershoff, que dominaba la literatura erótica desde el *Kamasutra* y Petronio hasta Beardsley, se hallaba en su elemento. Con todo, era un excelente oficial, experimentado en la lucha, versado en todas las cuestiones técnicas y tácticas.

Curiosamente era Sturm, el más joven, quien ejercía la mayor influencia en ese pequeño círculo. Antes de la guerra había estudiado zoología en Heidelberg y de pronto, en un rapto de enajenación mental, como decía Döhring, se había alistado en el Ejército. En el fondo era sin duda la discrepancia entre una naturaleza a la vez activa y contemplativa lo que le había impulsado a dar ese paso. Sus superiores lo consideraban un colaborador tranquilo y digno de confianza, como persona gozaba de simpatías, aunque de manera distinta a Döhring. Era valiente en el combate, no por un exceso de entusiasmo o de convicción, sino por un sutil sentimiento del honor que rechazaba, como algo sucio, el menor asomo de cobardía. En su tiempo libre llevaba una extensa correspondencia, leía mucho y también escribía. Esta última actividad era seguida con mucha atención por los otros dos. Lo que realmente fascinaba en él era sin duda que sabía prescindir, en una medida poco frecuente, del acontecer actual. Así su trato daba a los amigos lo que inconscientemente buscaban en la bebida y en sus conversaciones literarias y eróticas: huir del tiempo.

Capítulo 3

El mismo día en que por la mañana había estado de pie, inmóvil, delante del joven suicida, Sturm escribía, sentado en su abrigo. El abrigo era en realidad un pequeño sótano que se había mantenido intacto bajo los escombros de una casa destruida por los proyectiles. Un año antes, Sturm había hecho reforzar aquellos cascotes con una doble capa de sacos de arena y así se creía a salvo de los disparos de la artillería media y ligera. La entrada era a través del arco por el que antes se accedía a la casa y en él aún se podía leer arriba el nombre del propietario, Jean Cordonnier. Como ese arco estaba sobre el borde de la trinchera, para que quedara oculto a la vista lo habían camuflado tendiendo delante una serie de trozos de lienzo gris. Luego, por una corta escalera de caracol, con peldaños de piedra, se bajaba directamente al subterráneo abovedado habitado por Sturm. En tiempo de paz pudo haber servido de bodega, eso parecía indicar un montón de viejos aros de cubas y una pequeña chimenea, más arriba de la cual la pared estaba ennegrecida por el humo hasta la misma bóveda. Las paredes, el suelo y el techo eran de ladrillo rojo oscuro, muy desgastado y quebradizo por la edad.

En la pared, un estrecho pozo de luz dejaba entrar en el cuarto una franja luminosa que dibujaba un cuadrilátero de claridad sobre una mesa arrimada a la pared. El fondo de la habitación estaba apenas iluminado por una lámpara de carburo que ardía en un nicho. Sobre la mesa, la mínima superficie reservada a la escritura estaba rodeada de libros y de un revoltillo de objetos. Sobre un mapa desplegado y salpicado de signos rojos y azules,

había un compás para medir las distancias, una brújula y una gran pistola militar. De una vaina de latón, recortada de un cartucho de 15 centímetros, sobresalían tres cortas pipas renegridas, a su lado había un saquito de cuero lleno de tabaco «Shag». Junto a la pared, una botella de agua de Seltz y una copa rechoncha con flores grabadas y la inscripción: DES VERRES ET DES JEUNES FILLES SONT TOUJOURS EN DANGER. Los libros estaban apilados sin ningún sistema, un gran número de marcapáginas indicaban que el propietario seguramente los estaba leyendo al mismo tiempo. Uno estaba abierto, era una edición antigua, encuadernada en piel de cerdo granate, de *Veneres et Priapi uti observantur in gemmis antiquis*, del aventurero y erudito Dancarville. Junto al grabado de la portada podía leerse: «Para Sturm, recuerdo de su amigo Hugershoff». Entre otras cosas se veía allí la *Gastrosophie* de Vaerst y *Die feine Stettiner Küche* [La exquisita cocina de Stettin], del año 1747.

Fuera de la mesa, los únicos muebles eran tres sillones recogidos por las casas del pueblo, un pequeño armario-fresquera y un armazón de cama con un somier de tela metálica. Las mantas estaban levantadas; sobre la cabecera, una cuña de madera incrustada en una junta de la pared portaba el cabo de una vela consumida.

En las paredes destacaban los fusiles: una carabina, un fusil de infantería y un fusil con anteojo de puntería. A la entrada de la escalera colgaba de un largo alambre una serie de granadas de mano, en tupida hilera, como arenques puestos a secar. Más allá, apiladas en un estante, había cajas de cartón llenas de proyectiles luminosos blancos y de colores. Un friso sin terminar, alto como un hombre e inspirado en las pinturas rupestres, mostraba mamuts y alces; lo había pintado Sturm, durante el largo periodo de lluvias del otoño anterior, con el color destinado a los letreros fosforescentes nocturnos de las trincheras, y Hugershoff lo había completado con una burda Venus de Willendorf. Contiguo al

embudo de luz y guarnecido por un marco de poca anchura en palo de rosa pintado de oro viejo, colgaba una copia, de tamaño reducido, de la *Avenida* de Hobbema. Sturm la había traído después de su primer permiso; tenía en especial aprecio ese cuadro porque durante los combates en Flandes había conocido ese paisaje tal como era, casi el mismo y con el mismo colorido. Cuando a la caída de la tarde penetraba por el cono de luz un último rayo de sol, por el que subían remolinos azulados de tabaco, esa obra maestra lucía con un apacible brillo dorado que se percibía hasta en el último rincón de aquel ingrato refugio subterráneo.

Sturm estaba hoy de mal humor. Se debía sin duda a la primera y triste impresión del día. Había tenido que envolver el cuerpo del muerto en una lona de tienda de campaña y dar orden de llevarlo al pueblo por los ramales de aproximación. Luego había dado una vuelta por su sector de trinchera y había seguido el desarrollo de los trabajos de fortificación. Le repugnaba todo lo técnico y sin embargo la construcción de la trinchera, que convertía un insignificante trozo de naturaleza en una compleja instalación de combate, había ido fascinándole cada vez más. Lo atribuía a la influencia de la guerra, que llevaba toda actividad por derroteros más simples. En aquel ambiente uno se volvía más concreto. Precisamente por eso, las horas que se podían dedicar al dominio del espíritu devenían un sutil deleite, potenciado por aquel contraste extremo.

Quizás era también lo claro y preciso de esas instalaciones militares lo que tanto le impresionaba. Recordó que en una avenida a orillas del río de su ciudad natal, en el norte de Alemania, a menudo se quedaba contemplando largo tiempo una antiquísima torre en cuya formidable obra de sillería, desprovista de ventanas, sólo se recortaban delgadas aspilleras.

Esa torre se alzaba como un gesto amenazador sobre un laberinto de frontones; sólo ella sobresalía, como unidad firme e inalterable, por entre el rígido mar de estilos cambiantes. Sólo el

combate producía esos fenómenos. Cuando Sturm caminaba por las noches en torno a los bloques de los traveses y detrás de cada uno de ellos veía una figura armada montando solitaria guardia, entonces tenía la misma sensación: gigantesco y fabuloso. Esa sensación no provenía de las ametralladoras, de las enormes piezas de artillería ni del caos de las líneas telefónicas. Era sólo la forma, el estilo del instante en el que se consumaba lo colosal. Eso no afectaba a lo propio e intrínseco, que parecía descansar en la tierra como un animal y circulaba en la sangre como algo misterioso. Era una suerte de sonido o de perfume, cargado de recuerdos inexpresables. Eso, sin duda, tenía que haber colmado de emoción en las noches de lucha a los hombres de todos los países y de todos los tiempos.

Cuando el sol hubo disipado la niebla, Sturm se había arrastrado por delante de la línea de combate a través de los ramales ciegos abandonados y, en su antigua posición que él llamaba «tiradero», se había puesto al acecho con el fusil de mira telescópica. El ramal ciego ya sólo consistía en una depresión del terreno, plana y endurecida por el sol, que serpenteaba a través de los prados devastados. Cuando la tierra de nadie vibraba en la cálida luz del mediodía, se concentraba en esa hondonada un anestesiante perfume de tierra recalentada y de etérea esencia de flores. La flora del país había experimentado una extraña transformación desde que la hoz ya no pasaba por ella. Sturm había observado detenidamente cómo algunas plantas que hasta entonces habían subsistido a duras penas entre las ruinas y al borde de los caminos, se habían ido apoderando poco a poco de las amplias superficies en las que, aquí y allá, las máquinas cosechadoras seguían corroyéndose, como especies animales extinguidas. Ahora planeaba sobre los campos un olor distinto, más vivo y agreste. Y también el mundo animal experimentaba esa transformación. Así, la cogujada común había desaparecido totalmente desde que los caminos sólo se distinguían en el paisaje como largas cintas pobladas de cardos. En cambio la alondra co-

mún se había multiplicado de un modo increíble. Cuando la aurora trazaba la primera línea plateada en el extremo oriental del horizonte, sus trinos cubrían la campiña como una única melodía. Las mariposas blancas y los macaones sólo podían columpiarse sobre los muros en ruinas de la aldea, donde sus orugas encontraban alimento en las coles y las zanahorias de los huertos abandonados. En cambio, nubes de vanesas de los cardos se cimbreaban en torno a las brillantes inflorescencias azules de las plantas compuestas; los licénidos con manchas plateadas y las mariposas manto de oro, inseparables de estos últimos, revoloteaban en torno a los charcos verdosos surgidos en los cráteres abiertos por las explosiones. El topo era menos frecuente desde que el suelo se había tornado cada vez más duro y poblado de raíces, en lugar de ello una muchedumbre de ratas, grandes y hediondas, se instaló en las trincheras y en los sótanos del pueblo. Cuando se volvía de noche a la posición por las calles cubiertas de hierba, pululaban, precediendo a los pasos, en silenciosas manadas.

Todo eso lo había hecho el hombre. Su alma sufría una transformación, y el paisaje adoptaba una nueva apariencia. Porque todo se debía a la actuación humana, pero el efecto era a veces tan inmenso que el hombre ya no se reconocía en él. Y con todo, aquellas noches del páramo, envueltas por las sacudidas de los fogonazos e iluminadas por el brillo incierto de los proyectiles luminosos, eran un fiel reflejo de su alma. Cuando estaba apostado en su tiradero, Sturm reconocía que también él se había convertido en un ser diferente. Porque el hombre que, apostado detrás de un abrojo, miraba fijamente por el visor del fusil, al acecho de su presa, no era el mismo que, apenas dos años atrás, se movía con toda normalidad por el laberinto de las calles y conocía como la palma de su mano hasta la última faceta de la gran urbe. Y, sin embargo, ¿qué fue lo que en aquel entonces le ocurrió a él, al hombre de libros y de cafés literarios, al intelectual de rostro nervioso? ¿Qué le había hecho alistarse en el

Ejército, enfrascado como estaba en la tesis doctoral? Había sido ya la guerra, que él llevaba en la sangre como todo auténtico hijo de su tiempo, mucho antes de lanzarse, cual bestia furiosa, al escenario de los hechos reales. Porque el intelecto había traspasado sus propios límites y hacía equilibrios, cual paradójico funambulista, entre contradicciones irreconciliables. Un tiempo aún y se estrellaría en el precipicio de una carcajada demente. Y he aquí que, sin duda, ese péndulo misterioso que oscilaba en todo lo que tenía vida, esa inconcebible razón universal, osciló hacia el lado contrario y, golpeando con puño violento, generando una inmensa explosión, trató de abrir en el inamovible muro de sillería una brecha que llevara a nuevas vías. Y una generación, una ola en el mar, lo calificó de absurdo, porque fue la causa de su hundimiento.

Como quiera que fuere, la vida de los sentidos era hoy más intensa. Eso lo expresaba ya el ritmo de la respiración cuando se estaba al acecho frente al enemigo. No se era entonces sino músculos en tensión, ojos y oídos. ¿Quién habría ni soñado con esas sensaciones dos años atrás? ¿Cuál era la causa de todo eso? ¿Era la patria? Cierto, Sturm tampoco había podido sustraerse al delirio de 1914; sin embargo sólo cuando su espíritu hizo abstracción de la idea de patria vislumbró la fuerza que le daba impulso con enorme ímpetu. Ahora, los hombres de todos aquellos pueblos hacía tiempo que le parecían como esos enamorados, cada uno de los cuales se desvive por una sola mujer, sin saber que todos ellos están obsesionados por *un* amor.

Hoy también había acontecido lo increíble. Había estado tendido en una abrasadora depresión del terreno, inmóvil, durante una hora, sin nada ante la vista fuera de una pronunciada inflexión de la larga y estrecha línea de tierra que se alzaba al otro lado, sobre la hierba. Había allí un lugar en el que cada dos horas se podía observar el relevo de un centinela inglés. Cierto, esta vez tampoco había estado en vano al acecho: una sombra amari-

lla acababa de pasar furtivamente por el límite de la línea de tierra. Era el centinela que llegaba a hacer el relevo: ahora tenía que pasar por la misma esquina el que había sido relevado. Sturm examinó otra vez el visor, quitó el seguro y apuntó. Allí estaba: una cabeza bajo un casco plano, entre verde y gris, y un segmento del hombro, por encima del cual sobresalía la boca del fusil colgado en bandolera. Sturm vaciló cuando la cabeza estuvo en el punto de intersección de la cruz que aparecía en el visor.

El campo estaba otra vez silencioso y muerto, sólo las umbelas blancas de la cicuta vibraban a la luz. ¿Había dado en el blanco? No lo sabía. Pero la cuestión no era si el hombre de allí enfrente estaba ahora tiñendo o no de rojo el suelo arcilloso de la trinchera. Lo asombroso era que él, Sturm, acababa de intentar matar a otro, con frialdad, con lucidez y con plena consciencia. Y una vez más no pudo evitar hacerse la pregunta: ¿era él el mismo de un año atrás? ¿El mismo que hacía poco escribía una tesis doctoral *Sobre la proliferación de la* «amoeba proteus» *por segmentación artificial*? ¿Era imaginable un mayor contraste que el de un hombre que se concentraba amorosamente en estados en los que la vida, líquida aún, se aglomeraba alrededor de núcleos minúsculos, y otro que disparaba a sangre fría contra seres altamente desarrollados? Porque el de allí enfrente podía haber estudiado en Oxford exactamente igual que él en Heidelberg. Sí, se había convertido en alguien muy distinto, distinto no sólo en lo que hacía sino también —y eso era lo fundamental— en lo que sentía. Porque si ni por un instante había sentido arrepentimiento sino más bien satisfacción, eso apuntaba a una conciencia moral que había sufrido un profundo cambio. Y lo mismo le ocurría a un sinnúmero de hombres que se arrastraban silenciosamente por la inmensidad de los frentes. Una nueva generación estaba creando una nueva concepción del mundo al vivir una experiencia procedente de tiempos remotos. Esa guerra era una nebulosa primigenia de posibilidades psíquicas, cargada de desarrollos; quien veía en su influencia solamente lo bárbaro y

brutal, desgajaba un único atributo de un complejo gigantesco con la misma arbitrariedad ideológica que quien sólo veía en ella lo heroico y patriótico.

Tras ese entreacto, Sturm había regresado a la trinchera y, de camino a su abrigo, le decía a voces a todo repartidor de rancho y a todo centinela que se cruzaba con él:

—Acabo de despachar a uno.

Se había fijado muy bien en los rostros y ninguno de ellos dejó de sonreír en señal de aprobación. Kettler, el ordenanza que traía la comida, ya se había enterado en la trinchera y le dio la enhorabuena. Sturm tenía una especie de relación de confianza con él. Kettler había cavado desde la escalera del sótano una galería en la tierra, y allí vivía y dormía. Cuando el cañoneo era más intenso, Sturm, que no se fiaba demasiado de la seguridad que le ofrecían contra las bombas sus sacos de arena, solía bajar a estar con él. Así habían tenido ya no pocas horas de conversación.

Kettler era lo que se suele llamar un hombre sencillo, pero Sturm sabía bien que en el fondo no había gente sencilla. Había sin duda quienes compartían con muchos otros el sentir las mismas impresiones de la misma manera, pero por eso no eran en absoluto fáciles de comprender para quienes sentían de otra manera. Al adentrarse en el modo de pensar de Kettler, Sturm trataba de dar un corte transversal en el cuerpo de la comunidad con la que las circunstancias le obligaban a convivir. Esa manera de observar que consiste en prescindir de ideas preconcebidas y extraer de un fenómeno aislado conclusiones generales le resultaba fácil debido a su formación científica.

Cuando conversaba con Kettler le interesaba sobre todo hacerse con la terminología de esas personas. Porque eso estaba fuera de discusión: a quien no sabía hablar con ellos en su lenguaje lo consideraban un extraño. Lo vio cuando los oficiales del Estado Mayor visitaban la primera línea. Sin duda había entre

ellos gente de gran inteligencia, hombres que disponían de mucho más que de los conocimientos prácticos de su oficio, y sin embargo Sturm tenía la clara impresión de que no sabían hablar con la gente. Los términos que empleaban en esas conversaciones le parecían como monedas que pasan de mano en mano y que para cada uno tienen un valor diferente. Las palabras atravesaban tabiques de hielo y perdían así el calor. Había allí, aun con la mejor voluntad, un hondo abismo. Cien años atrás todavía era bastante fácil; el oficial noble y el soldado campesino estaban unidos por ideas que hundían sus raíces en el mismo suelo. Hoy, en el soldado de estudios universitarios, potenciado en lo intelectual, y en el obrero de fábrica llamado a filas como reservista se enfrentaban dos mundos extraños. Ya entre el estudiante al que ascienden con celeridad y el hombre del pueblo había una enorme distancia. Antes de la guerra se había escrito tanto sobre el fomento de lo intelectual en el cuerpo de oficiales que se había pasado por alto lo puramente humano. Y eso precisamente era lo importante en aquel oficio. Sturm pensaba en el «Mariscal Adelante[1]», en «Papá Wrangel[2]» y en una serie de generales del Primer Imperio que, sin destacar en lo intelectual, habían llevado a cabo logros extraordinarios. Eso se debió ante todo a que entendían a sus soldados, a que dominaban su lenguaje hasta en los más delicados matices. Aquellos hombres habían captado el alma del cuerpo que acaudillaban, y eso era más importante que la mera inteligencia fisiológica del excelente oficial del Estado Mayor que, cerebro en estado puro, estaba por encima de la masa y sin el menor contacto con ella.

Había que admitir, por otra parte, que la situación ya era distinta a la de antes. Las mismas distancias imposibilitaban cualquier contacto un poco más estrecho. Y también resultaba evidente que ya no combatía un órgano del Estado sino el Estado en su totalidad. Cuantas más fuerzas entraban en la liza, tanto mayores habían de ser las tensiones y las contradicciones. Desde

que el Alto Mando ya no podía abarcar con la vista el campo de batalla, su evolución iba forzosamente hacia una especialización cada vez más precisa. El ajuste humano competía a los mandos inferiores. Pero siempre planeaba en el aire el enorme peligro de que no supieran comunicar por igual a la masa toda la importancia del objetivo. Y un cuerpo sometido a la prueba de una larga guerra no podía permitirse puntos frágiles.

Sobre todo era equivocado esperar de la masa que subordinara conscientemente por largo tiempo sus formas de vida a una idea. Era lo mismo que exigir a los pescadores que vivan tierra adentro. Cuando Blücher, en su marcha hacia Waterloo, le gritó a la tropa: «Se lo he prometido a mi amigo Wellington», expresó aquella misión con una fórmula que comprendió hasta el último mosquetero. Sin embargo, se había abusado tanto de palabras como «resistir» y «muerte heroica» que —al menos allí donde se luchaba de verdad— habían tomado hacía tiempo un regusto irónico. ¿Por qué no se inventaban consignas como: «A cada combatiente un latifundio»? En una ocasión, antes de un ataque, Sturm había oído decir a un sargento: «¡Muchachos, ahora adelante y a comernos las raciones de los ingleses!». Nunca había oído mejor arenga. Era sin duda un factor positivo de la guerra: que tiraba por tierra toda esa fraseología grandilocuente. Los conceptos vacíos de contenido quedaban deshechos entre carcajadas.

Toda idea necesitaba una base firme y sólida, eso había que tenerlo en cuenta. ¿Qué habría sido del cristianismo sin los malentendidos de índole social que impulsaron a la masa a aceptar sus ideas? La Revolución francesa resultó eficaz gracias a la palabra «libertad», en la que se hermanaron para actuar en común el brillante pensamiento de pocas cabezas y el estómago hambriento de muchos cuerpos. Ahora la consigna era «resistir». En esa expresión, unos veían la voluntad de combatir, otros el he-

cho de que había poco que comer. Visto así, la frase del viejo sargento tenía desde luego más aliciente.

Sturm había hecho esta serie de elucubraciones por asociación con el rancho que le había traído Kettler y que él comía a cucharadas en una vasija de aluminio. Era una bazofia entre verde y gris —llamada por los cocineros legumbres secas, por los soldados, «alambradas de espino»— que primero había surgido, en forma de raros islotes, en la enorme oleada de guisantes, judías y pasta, y que ahora, desde hacía mucho tiempo, era el único plato del menú diario. Flotaban allí escasas fibras parduzcas de carne de vaca y diminutos fragmentos viscosos de patata. La carne, como siempre, se había «evaporado». A veces, Sturm se metía en la boca trozos de berza con la consistencia de palillos de dientes o cordones de empaquetar, que él, maldiciendo enérgicamente, escupía en el suelo de adobe. Al fin y al cabo, las ratas también querían vivir. Pero la cuestión del avituallamiento era realmente terrible, ahí ni los mejores artículos de opinión servían de consuelo. Y eso afectaba sobre todo al hombre sencillo, como suele llamársele, al hombre vinculado a la vida sobre todo por los músculos. Cuando a éste le quitaban, como allí sucedía, las mujeres, la comida y el sueño, no le quedaba casi nada.

«En estos páramos, los de vida contemplativa están más a gusto», pensaba Sturm cuando ponía la gamella en el suelo y revolvía los papeles, para sacar, finalmente, una hoja a medio escribir. «También puede considerar uno los acontecimientos con los ojos de la Edad Media, y entonces tendrá el fragor de las armas en los castillos y la soledad del monasterio, será al mismo tiempo monje y guerrero. En el fondo, cada cual vive su propia guerra. Se comprende sin más que un Börries von Münchhausen[3] o un Löns[4], que cayó combatiendo en este regimiento, no hayan vivido la misma guerra que un Lotz[5] o un Trakl[6]».

Era un extraño choque de fuerzas lo que obligaba a Sturm a escribir justamente en aquella época. De estudiante había tenido

cierto contacto con la bohemia, había escrito para amigos pintores breves críticas de arte, influidas por Baudelaire, y contribuciones a esas revistas que a veces crecen, como flores extravagantes, entre las ruinas de las grandes ciudades, para marchitarse después de tres números porque nadie las lee. Durante el periodo de instrucción militar y cuando era aspirante a oficial ya apenas pensaba en eso. Y precisamente ahora, en pleno recrudecimiento de la acción, había despertado de nuevo tal necesidad.

Ese doble juego de la pasión, que le llevaba, como a quien está entre dos mujeres, de los brazos de la una a los de la otra, Sturm lo consideraba una desgracia. Mucho más le habría gustado verse como puro hombre de acción, que sólo se sirve del cerebro como de un instrumento, o como pensador, para quien el mundo exterior no tenía relevancia sino como objeto de reflexión.

En aquel entonces escribía una serie de relatos en los que intentaba representar, como sobre papel sensible a la luz, la última forma del ser humano en sus más sutiles variaciones. Habría deseado concentrar sus energías en una novela, pero en aquel ambiente caótico le parecía prematuro. Era sin duda alguna un trabajo incompatible con una vida llena de agitación. Por eso había decidido desarrollar, en textos independientes, una serie de caracteres, cada uno desde su propio centro. Proyectaba vincularlos entre sí mediante un título que expresara lo común de su tiempo: inquietud, pasión y febril exaltación.

Ese día, sin embargo, apenas había cogido el lápiz cuando oyó cómo Döhring y Hugershoff bajaban a tientas la escalera. Por lo visto, en el abrigo de Döhring ya habían atacado el primer punto del programa habitual de las tardes, porque cuando se dejaron caer en las dos butacas vacías y pusieron a un lado las máscaras de gas, reanudaron una conversación sobre los sucesos de Verdún que seguramente habían comenzado ya en la trinchera. Era el viejo objeto de controversia: si había que agarrar o no al toro por los cuernos.

Sturm siempre disfrutaba escuchando cómo conversaban los dos amigos. Hugershoff casi siempre defendía una opinión clara y terminante, viva en él desde el principio. Echaba mano de todo lo que surgía en el curso de la conversación y lo subordinaba a ese punto de vista. Con sus palabras construía un edificio en el que se instalaba de tal forma que no se le podía expulsar de allí. Döhring en cambio daba claramente más importancia a la elegancia de las palabras que al resultado de la conversación. Cambiaba de opinión según le convenía y atacaba ágilmente al adversario desde las posiciones más diversas. Sin embargo no era sólo superficial, sabía deslumbrar sin ser un mero conversador. Por otra parte, ese método lo aplicaba sólo a las personas que apreciaba; con las otras, se adhería por completo a la opinión de la parte contraria, sofocando así en germen cualquier asomo de discusión desagradable o estéril. Sturm había tomado de él esa costumbre y le parecía extraordinariamente práctica.

Como es natural, hablaron del panorama operativo de los tiempos que se avecinaban. El dilema de Verdún había quedado estancado por ambas partes, ya se percibía una nueva tormenta en el horizonte. También en ese sector del frente debían de estar las cosas muy poco claras, si no, el regimiento, que estaba apostado desde hacía más de un año en el mismo lugar, ya habría sido enviado a combatir a Verdún. Muchos pequeños indicios revelaban que la calma imperante en esa zona durante tanto tiempo empezaba a ser ilusoria. Los de enfrente preparaban claramente una ofensiva cuya ala izquierda venía a dar más o menos en este punto. Aparte de eso, durante semanas no se había visto un avión, y ahora la barrera aérea era permanente, desde el amanecer hasta la caída de la noche. La actuación de la artillería se había vuelto muy sospechosa. Continuamente seleccionaban diversos puntos del terreno y lanzaban dos o tres proyectiles contra ellos. Eso daba una impresión de poca cosa, casi de falta de sistema. Sin embargo los destacamentos que medían la luz y el sonido comprobaban que casi cada disparo provenía de una

batería distinta. En las noches en que no soplaba el viento llenaba el aire un áspero ruido lejano de camiones de munición. Döhring contó que durante su guardia de la noche anterior había oído un fino e incesante martilleo, el choque del metal contra el metal. ¿Colocaban allí piezas de artillería dirigidas contra las trincheras? ¿O instalaban botellas de gas?

Tenía un aliciente particular conversar sobre lo que ocurriría próximamente y quizá ya pasaba sobre ellos como una ola invisible. Bajo la cresta de espuma de los acontecimientos uno tenía la sensación de que tales elucubraciones sobre lo que aún era posible eran un acto especialmente temerario. El peligro estaba tan próximo, tan accesible, que uno sólo se atrevía a mencionarlo en voz muy baja. Porque una cosa estaba clara: cuando se desencadenara lo que al parecer se estaba preparando, casi nadie saldría de ello con vida. En el otro bando quizás había ya miles de hombres preparados para lanzarse al ataque, y la artillería dirigía los cañones contra su objetivo. Esa vida bajo la amenaza de los cañones exhalaba un fuerte y anestesiante perfume, como prados florecientes en agosto. Precisamente en aquella pequeña isla de cultura, en el centro del inminente estrago, surgía a veces una sensación que envuelve a todas las culturas, antes de desaparecer, en el resplandor de un último y supremo lujo: la sensación de una completa falta de utilidad, de un ser que, cual fuego artificial, planeó durante algún tiempo sobre las aguas nocturnas.

Döhring expresó esa sensación diciendo al final:

—Nuestra situación me recuerda la del grupo que iba en el barco con Simbad el Marino y llegó a tierra cabalgando alegremente a lomos de un formidable pez, plantó tiendas de campaña y se reunió en torno a una hoguera. Esperemos que también nosotros, cuando nos precipitemos en el abismo, tengamos la serenidad de gritar *Alá il Alá*. Propongo vivir con nuestros ya escasos medios como aquellos romanos que, antes de abrirse las ve-

nas, trataban de gozar intensamente de la vida. Así ponían de manifiesto dos virtudes que van unidas en quien es un hombre de verdad: el amor a la vida y el desprecio a la muerte. Como nosotros tenemos aquí tan poco, queremos pasar otra vez apaciblemente la botella, fumar una pipa y oír lo que Sturm quiere leernos.

—Servíos, por favor, de la botella, del tabaco y de mi colección de pipas —respondió Sturm—, y yo intentaré hacer que aparezca ante vosotros un tardío habitante de la ciudad. Por otra parte, no son sino las primeras pinceladas de un retrato que empecé a bosquejar ayer, pero también quiero haceros partícipes del posterior desarrollo.

Empezó a leer.

Capítulo 4

«Una mañana de principios de otoño, Tronck daba su paseo habitual por las calles de la ciudad. Era una de esas pocas horas del año en las que ya por la mañana un atisbo de descomposición matiza de modo apenas perceptible la fuerza del verano, una de esas horas matinales en las que se toma la decisión de sustituir la gabardina de color liso por un abrigo de entretiempo estampado en colores pálidos. Los árboles de las avenidas y zonas verdes se alzaban armados de verde acero, era una última gradación del verde, pulimentado con brillo metálico por los chaparrones de la víspera. Sin embargo, aquí y allá surgía ya en las masas de follaje un toque amarillo, un destello rojo, y a veces una hoja con manchas o con un centelleo en los bordes venía a caer lentamente sobre el asfalto. Aunque la hubiese arrancado la ráfaga de aire de un tranvía o el vuelo de un pájaro: se adivinaba ya la pesantez que dormitaba en esas hojas y que las atraía a la tierra. La fuerza que había hecho subir esa riqueza de las raíces a la copa del árbol había desfallecido y estaba ansiosa por consumar su ciclo. Las líneas divisorias que delimitaban los colores y las formas se habían difuminado un poco. El aire estaba enturbiado por una ligera llovizna. Ese enturbiamiento no era más fuerte que la nubecilla de una gota de leche en un vaso de agua, y sin embargo su olor ya anunciaba las masas de niebla que el otoño tenía preparadas. Era una de esas transiciones en ciernes que, apenas captadas por los sentidos, desgajan del fondo del alma misteriosas sensaciones de placer o de aflicción.

»Tronck, habituado a analizar los más sutiles ambientes, percibía esas pequeñas imperfecciones como la primera arruga en la comisura del ojo o la primera cana en la cabeza de una hermosa mujer: como si eso le forzara a amar otra vez, a abrazar otra vez antes de que cayera la noche. Era como un soldado antes de la batalla, cuando los fuegos de campamento crepitan al anochecer: vinculado a la vida, nostálgico y fuerte al mismo tiempo.

»Por fuera parecía indiferente y exento de complicaciones, un hombre de treinta años para quien la elegancia es un deber. Aunque su modo de vestir no llamaba la atención, atraía las miradas de la gente que a esa hora solía dar su fisonomía a la calle. Por allí transitaban despacio paseantes, pensionistas y pequeños jubilados, a veces también, con una blusa a rayas azul o rosa, una muchacha de servicio en la que ya de lejos se percibía un fuerte olor a jabón. Aprendices de banco, con carpetas negras bajo el brazo, parecían disponer de muchísimo tiempo; prolongaban el camino a la estafeta de correos hasta convertirlo en pequeño paseo matinal. Los representantes de acreditadas fortunas tenían prisa, los negocios los lanzaban de un despacho a otro, en sus facciones palpitaba el cálculo. Había además delante de las tiendas unas jovencitas con delantales negros que observaban por fuera cómo resultaba la decoración de los escaparates. Si no hubieran descansado de manera inimitable la mano izquierda sobre la cadera y alisado los cabellos con la derecha, casi se habría podido creer que lo hacían en serio.

»Esas personas rozaban con una rápida mirada a Tronck, que apenas lo notaba. A todos causaba la misma impresión, que luego daba lugar en cada uno de ellos a una sensación distinta. Los aprendices de banco se limitaban a admirar sin más, entendían esa impresión como mera cuestión de vestimenta y, al seguir su camino, se extraviaban soñando en futuros paraísos capitalistas. Los burgueses era evidente que no se sentían a gusto, rectifica-

ban la raya del pantalón y, al evocar haberes bancarios o bien merecidos diplomas universitarios, equilibraban de nuevo su autoestima.

»Un buen observador tenía que notar que Tronck se vestía más para él mismo que para los demás. Lo que en él llamaba la atención no era la forma ni el color. En su traje se alternaban dos tonos suaves de un color pardo de clavo de especia, que en el cuello y en las mangas contrastaba vivamente con el blanco de la camisa. Todo lo de color presentaba escasas diferencias y contrastes ligeros. Patente era sólo la corbata, cuya lazada se balanceaba cual brillante mariposa sobre la piedra tallada que cerraba la pechera. En lo tocante a la forma, que resultaba del corte, de los frunces y de los pliegues, el iniciado veía muy bien que allí la primorosa influencia de un artista había dado un sentido más elevado al trabajo del sastre. Allí la originalidad se había puesto de manifiesto dentro de los límites de la moda. También en los zapatos se articulaba un trabajo que ya no existe apenas desde que el título de proveedor de la corte desapareciera entre las risotadas de una masa mal vestida.

»Un hombre habituado a valorar correctamente los signos exteriores, o sea, como una revelación del interior, habría percibido en la apariencia de Tronck una extraña mezcla de constreñimiento y libertad. Había en ella algo del sacerdote o del militar. Rigor y uniformidad, pero interrumpido todo ello y suavizado por cierta levedad artística. Así tenía que vestirse una persona que por anhelo de la forma se sometía a las reglas y leyes de un determinado círculo social, aunque intelectualmente fuera muy superior a él.

»También el semblante expresaba superioridad: energía e intelecto al mismo tiempo. Era un rostro fino, pálido, que reflejaba los pensamientos que le asaltaban. Pero el dueño de ese rostro caminaba a través de la masa con la seguridad de quien ha naci-

do en la gran ciudad y como un sonámbulo que sortea todos los obstáculos, mientras su mente va por otros derroteros…».

Sturm se interrumpió y apuntó a lápiz, en el margen de la hoja, algunas palabras que al parecer le habían venido durante la lectura. Luego preguntó, mientras se llenaba una pipa:

—¿Qué opináis de este comienzo?

—He de admitir —respondió Hugershoff— que a mí esa figura me resulta curiosamente conocida. Empiezas con un retrato elaborado con todo cuidado. ¿Cómo tienes pensado el desarrollo de la acción?

—Es una pregunta de difícil respuesta. Quizá recuerdes la indignación con la que Baudelaire cuenta que había visto en un taller un cuadro, predibujado y cuadriculado con máxima precisión, en el que el artista, partiendo de una esquina, iba poniendo laboriosamente el color trocito a trocito. Tengo que decir que también rechazo ese método para la escritura.

»Por otra parte toda acción va surgiendo de la mano de un determinado planteamiento. En este caso tengo la intención de investigar el contraste entre el afán de movimiento de una personalidad peculiar y la limitación de ese afán por el marco en el que le tiene sujeto el entorno. Y en cuanto al tema, notarás lo poco que significa para mí en que todavía no tengo claro si haré actuar al individuo Tronck en la jaula de una bohemia o en la de un cuerpo de funcionarios. Lo importante para mí es sólo que su existencia se someta a una forma.

»El interés por tales cuestiones surgió en mí observando precisamente a nuestra pequeña comunidad. Antes de la guerra los tres teníamos una cosmovisión que de una manera u otra iba más allá de lo nacional. En los cafés no leíamos exclusivamente periódicos alemanes y habíamos franqueado las fronteras del país no sólo en el sentido material. Sin embargo no fue la fuerza la que nos impulsó a alistarnos en el Ejército cuando el mundo se dividió en alianzas que luchaban entre sí. Tú, por ejemplo, en

el viaje de vuelta habrías podido quedarte en Ginebra o en Zúrich y contemplar de lejos el espectáculo sin que tu forma de vida sufriera el menor cambio. Cuántos de nuestros hombres de letras están en esas ciudades en estos momentos. Pero ésa es la gran diferencia entre ellos y nosotros: que ellos contemplan y escriben, mientras que nosotros actuamos. Ellos han quedado desconectados, mientras que en nosotros vibra el gran ritmo de la vida. En último término, es igual detrás de qué banderas se marcha, pero esto es seguro: el último soldado alemán de uniforme gris o el último soldado francés de poblada barba que disparaba y recargaba en la batalla del Marne es más relevante para el mundo que todos los libros que puedan apilar esos literatos.

»También nosotros tratamos de abarcar nuestro tiempo con la mirada, sin embargo estamos en el centro, ellos en la periferia. Hemos ocupado nuestro puesto en el movimiento de un acontecer grande y necesario; a menudo nuestro propio impulso, eso que denominamos libertad o personalidad, está en contradicción con él. Y aquello a lo que aspiramos aquí, en este suelo tan precario, libre despliegue de la personalidad en medio de la más rígida disciplina que imaginarse pueda, yo quisiera ponerlo plenamente de manifiesto en la figura de Tronck.

—Por otra parte quisiera advertirte —intervino Döhring— que no ahondes demasiado en cosas pequeñas y sin importancia. Quien vea los libros que lees aquí en los últimos tiempos podría tomarte por un cocinero, por un comerciante de piedras preciosas o por un moderno fabricante de perfumes. Se puede entender que leas la *Gastrosophie* de Vaerst, pero con la *Cocina de Stettin* te pierdes en nimiedades.

Sturm se había puesto pensativo.

—Quisiera recordarte lo que tú mismo has dicho antes sobre los romanos. Imagínate que a un condenado a muerte que ha pasado meses encerrado en una celda le regalan un ramo de flores antes de su ejecución. ¿No le causaría un hondo y extraordi-

nario deleite cada pequeño pétalo y cada estambre? Mira cómo Wilde canta el trocito de cielo que los presos ven recortado entre los elevados muros del presidio de Reading. La vida, precisamente cuando está amenazada, trata todavía de ponerse en contacto con todo lo posible, envía sus luces intermitentes y sus mensajes radiotelegráficos como un barco que se hunde. En tales momentos el ser humano es como un avaro que antes de morir recuenta una vez más sus tesoros. Creo que será nuestra literatura la que refleje de nuevo ese anhelo de lo diverso: el artista huye de los tiempos heroicos.

—¿Ésa es también, sin duda, la razón por la que apenas mencionas la guerra? —preguntó Hugershoff.

—Lo he intentado dos veces. Pero he notado que siento un rechazo contra todo lo que en ella va más allá de los puros hechos. Vivo demasiado dentro de ella para poder contemplarla como artista. Quizá me sea posible dentro de cinco años. Para observar se necesita distancia.

Capítulo 5

Apenas había terminado Sturm su última frase cuando un terrible estruendo sacudió la comarca. Era como si una serie de atronadores estallidos se sucedieran en un esfuerzo furioso por superarse unos a otros. Los impactos rugían en cadena, con tal rapidez que la conciencia los reducía a un solo fenómeno, único y atroz. Se tambaleó la bóveda del sótano, se formaron grietas en el techo, el aire se llenó de polvo de ladrillo y se hizo irrespirable. La ventana, por el pozo de luz de la pared, fue lanzada sobre la mesa; fuertes y sofocantes ráfagas de aire penetraron en el recinto y apagaron la llama de la lámpara de carburo. Al mismo tiempo, mordientes humaredas bajaban por la escalera y por el pozo de luz. Los nervios temblaban al percibir el conocido olor de la explosión, que traía a la memoria el impacto de innumerables proyectiles.

Se oyó una voz excitada:

—¡Ataque, ataque, todos fuera!

Entre medias:

—¡Kettler, mi máscara de gas! ¡Menuda canallada, venga esas granadas de mano!

Luego salieron en tromba todos los ocupantes del sótano.

Cuando Sturm se encontró por fin en el exterior y, por un corto tramo de la trinchera, llegó a la primera línea, se vio envuelto en azuladas nubes de vapor. En el aire flotaban todo tipo de señales luminosas: luces de magnesio, blancas; demandas de fuego de barrera, en rojo; señales para regular el fuego de la arti-

llería, verdes. El enemigo parecía trabajar con minas; los impactos, sordos y violentos, no sonaban a explosiones de granada. Una lluvia ininterrumpida de pellas de barro caía sobre la trinchera, pequeñas partículas de acero silbaban como pedrisca a través del sordo fragor. Luego, un pájaro de hierro, con crecientes aletazos, se estrelló contra el suelo; Sturm pudo justo saltar dentro de un hoyo en la tierra antes de que una figura de fuego le arrojara como un saco contra la pared de barro abierta en el suelo. La detonación fue tan fuerte que sobrepasó la escala auditiva, la lluvia de fuego que cayó con fuerza, Sturm la percibió sólo con los ojos. Apenas se hubo disipado, volvió el fuego. Sturm se aplastó lo más que pudo en el boquete que debía de haber abierto una granada en la pared de la trinchera, porque la capa interior de barro estaba calcinada y salpicada de manchas amarillentas de ácido pícrico. Veía clarísimamente ese dibujo, con esa mirada aguda con que se observa en tales momentos detalles accesorios. Cada vez que caía a su lado un proyectil, se ponía la mano delante de los ojos, aunque era consciente de que hacía algo absurdo. Porque si el destino arrojaba cualquier casco de obús en esa cueva, una pobre mano no ofrecía protección alguna. El hierro volante tenía tal fuerza que era capaz de atravesar no sólo la mano sino también el ojo y además el cráneo. Sin embargo, cada vez hacía ese movimiento y sentía alivio al hacerlo. Curiosamente le vino entonces a la mente una graciosa salida de Casanova, a quien, herido en la mano durante un duelo, una señora le preguntó por qué no la había escondido detrás de su cuerpo. «Al contrario: lo que yo intentaba era esconder el cuerpo detrás de la mano». El cerebro trabajaba con frenesí bajo las ardientes oleadas de sangre, de vez en cuando un pensamiento fragmentario, de una incoherencia casi ridícula, saltaba a la superficie.

En un fugaz momento de sangre fría notó que sudaba de miedo. Trató de imaginarse su aspecto: un manojo de temblorosos nervios en un uniforme hecho trizas, con el rostro ennegrecido y

surcado de chorretones de sudor y con unos ojos abiertos de par en par que traslucían temor. Se incorporó y soltando una serie de maldiciones trató de tranquilizarse. Ya se creía lleno de heroísmo, por autosugestión, cuando una nueva y más terrible detonación volvió a lanzarlo a su agujero. Otra más que vino inmediatamente después arrancó un bloque de tierra del borde de la trinchera, tan grande que casi lo enterró. Se liberó con esfuerzo de la masa de tierra y corrió a todo lo largo de la trinchera. En los apostaderos no se veía a hombre alguno. Una vez cayó al suelo al tropezar con un montón de inmundicias bajo las que yacía un muerto. Por el motivo que fuese, una tabla larga y dentada se había incrustado en su cuerpo; los ojos, vidriosos y abultados, se salían de las órbitas.

Por fin, ya en el ala de su sección, Sturm se tropezó con un suboficial, agachado detrás de su ametralladora. El hombre no le había llamado apenas la atención hasta entonces, tenía que ser uno de esos soldados en los que uno no repara sino en la batalla. Le dio unos golpes en el hombro y le estrechó la mano. Luego, dirigiéndole una mirada interrogante, señaló al terreno con el dedo índice y el hombre meneó la cabeza. Ambos se echaron a reír; era una risa extraña que deformaba los rostros. Resultaba curioso lo tranquilo que estaba Sturm ahora. Se situó detrás de la ametralladora y disparó contra el humo que flotaba delante hasta que el vapor de agua empezó a silbar por entre las junturas del manguito del cañón. Aún reventaban minas en derredor, pero ahora cada explosión martilleaba en el pecho como si exhortara a resistir por encima de todo. Sturm ya lo había notado a menudo en tales instantes: solo, el individuo se encogía ante el peligro. En cambio, cuando se sabía observado, era difícil ser cobarde.

Por fin, el fuego enmudeció de modo tan súbito como había empezado. Sólo la artillería propia describía sus curvas sibilantes en los campos. La trinchera se animaba. Los heridos eran trans-

portados al abrigo habilitado como enfermería, algunos se quejaban, otros estaban pálidos e inmóviles. Los jefes de grupo enviaban el parte, un ordenanza trajo una nota de Döhring:

«Caído jefe de compañía, tomado mando de la compañía. Esta noche, máxima alerta, probables más fuego imprevisto y más ataques. Llega de refuerzo unidad de zapadores. Parte de bajas y demanda de munición, a mí. D.».

Luego llegó también Kettler. Afirmaba que había estado sepultado. Sturm hizo como si le creyera. «Ahora quiero pasar revista a este sector. Ordene que se presenten dentro de un cuarto de hora en este través los jefes de grupo para recibir órdenes».

La trinchera parecía un hormiguero revuelto. Por doquier arrastraban los hombres maderos y vigas para dejar el camino libre, con la pala quitaban tierra de los lugares que habían quedado cegados y apuntalaban las entradas de los refugios alcanzados por los proyectiles. Muchos estaban pálidos y trabajaban mecánicamente, otros, llenos de excitación, no paraban de hablar. Junto a un sargento había caído una mina que no llegó a explotar; el hombre describía con todo detalle el aspecto maligno del proyectil, que a él le parecía un ser vivo. A otro, una gran esquirla le había arrancado el fusil de la mano. Un tercero resumió sus impresiones con la siguiente frase: «Con esos artefactos se ha acabado la tranquilidad».

Sturm tuvo que darle la razón. El efecto real era asombrosamente limitado, dos muertos y diez heridos, aparte de los habituales rasguños y desgarraduras. Mucho peor era el efecto psicológico, o, como decía el curioso término técnico, el efecto moral. La técnica había sabido dar a esas minas una expresión tan horrenda de la idea de la muerte que las granadas aparecían, por contraste, como inocentes artefactos. Había en ellas una fuerza terrible y alevosa. Todos los sentidos, incluido el que percibía la presión del aire y que estaba arriba, en la membrana pituitaria, quedaban estimulados por ellas hasta ponerse en máxima ten-

sión. También en eso se ponía de manifiesto hasta qué punto la técnica amplificaba las facultades humanas: los gritos estentóreos al atacar, el estrépito de las armas y de las pezuñas en tiempos pasados: todo eso estaba ahora multiplicado por mil. Por eso era necesaria una valentía que superaba con mucho a la de los héroes homéricos.

Anochecía. Sturm regresó despacio por la tierra removida de la trinchera. Los apostaderos estaban ahora ocupados por hombres con casco que, silenciosos e inmóviles, tenían la vista clavada en el terreno que se extendía ante ellos. En el cielo había una nubecilla entre verde y azul, orlada de rosa por un rayo del sol ya desaparecido. El primer proyectil luminoso subió a las alturas, dando la señal para que empezara un centelleante y sobrecogedor juego de pelota. A veces se oía una llamada, con voz apagada e inquieta al mismo tiempo, de algún centinela. Luego saltaba el disparo de una ametralladora, como el grito con el que una histérica calma los nervios.

Los jefes de grupo estaban en el través convenido. Choque de tacones, y uno de ellos tomó la palabra:

—Sargento Reuter, suboficial del servicio de trinchera. Sin novedad.

Sturm habló a su vez:

—Todos hemos visto qué peligrosos son esos ataques con minas. Si el inglés, como es muy probable, ataca tras una ola de fuego de ese calibre, llegará a la trinchera sin haber recibido un disparo. Por eso no puede volver a ocurrir que todos los puestos de guardia estén sin ocupar. El jefe de la compañía ha decretado para esta noche grado máximo de alerta. Todo el destacamento estará en las escaleras de la galería: cinturón puesto, fusil en mano, granadas en el cinturón; los centinelas permanecerán en la línea de fuego. En todo momento. En caso de ataque todos saldrán al exterior y ocuparán los puestos de guardia. Les hago responsables a *ustedes* de los sectores que corresponden a sus gru-

pos. Su puesto está, como es natural, en el escalón superior de su galería; han de estar en permanente contacto con sus centinelas. Hagan comprender a sus hombres que estarán indefensos si el enemigo penetra y los encuentra aún en la galería. Hay que ensayar enseguida en cada grupo cómo se ocupan los puestos de guardia. Hemos de considerar las especiales circunstancias del combate como una especie de concurso. En los pocos segundos de que se dispone cuando cese el fuego, los ingleses tienen que superar la distancia entre su trinchera y la nuestra; nosotros, en cambio, hemos de alcanzar con la mayor celeridad los puestos de tiro. El que primero logre su objetivo gana. Intenten por eso recomponer la alambrada de delante de sus sectores; cuanto más obstáculos encuentre el enemigo, de tanto más tiempo dispondremos nosotros. Para dar parte, me encontrarán de momento en mi abrigo; en caso de ataque, en el grupo Reuter. Doy especialmente las gracias al suboficial Abelmann por su valeroso comportamiento bajo fuego enemigo, tras el relevo presentaré el correspondiente informe. ¿Está todo claro o alguien tiene alguna pregunta?

Siguió una discusión sobre señales de fuego de barrera, consignas, cápsulas de granadas y asuntos similares. Luego se deshizo el grupo. Sturm recorrió una vez más el sector. Delante de cada entrada de galería había un grupo que hablaba a media voz. De vez en cuando se captaba una frase: «Entonces cada cual se lanza a su puesto de guardia y dispara. Consigna, Hamburgo. El jefe de sección estará en el grupo Reuter». Todo parecía en regla. Sturm regresó a su abrigo.

Cuando bajaba la escalera tenía la sensación de no haber estado durante mucho tiempo en aquel lugar. Apenas hacía tres horas que había dejado el recinto y ya se había desplegado entre las cosas y él ese velo sutil que suele tejer el tiempo.

Kettler, entretanto, parecía haberse esforzado por eliminar el desorden. La ventana había sido sustituida por una lámina de

cartón, y sobre la mesa ardía la lámpara de carburo. Sturm cogió la botella y tomó un largo trago. Luego se sentó sobre la cama y encendió un cigarro. Sentía frío, el aguardiente no le había dado calor. Le parecía extraño estar sentado allí. Había faltado muy poco para que le alcanzara el proyectil. Ahora podría yacer en tierra con los miembros contraídos como el muerto con el que había tropezado en la trinchera. Con grandes y absurdas heridas en el cuerpo y con la cara sucia, salpicada de granos de pólvora azul oscuro. Un segundo antes, un metro más allá: eso era lo decisivo. No le asustaba la muerte —ésta era segura— sino el azar, ese movimiento vacilante, a través del tiempo y del espacio, que en cualquier instante puede hundirse en la nada. Esa sensación de ser portador de valores y sin embargo no ser más que una hormiga que, al borde del camino, aplastó la distraída pisada de un gigante. Si hay un Creador, ¿por qué dotó al hombre de ese afán de penetrar en la esencia de un mundo en el que nunca ha podido profundizar? ¿No era mejor vivir en el valle, como animal o como planta, en lugar de sentir ese miedo continuo ante todo lo que se hacía o se decía en la superficie?

Del páramo de su cerebro emergió una visión. Estaba, vestido con elegancia, en una gran librería de su ciudad natal. Por doquier, sobre las mesas, se veían libros, y en unas estanterías enormes, con escalerillas apoyadas en ellas, los libros llegaban hasta el techo. La encuadernación era en piel, en tela, en seda y en pergamino. El saber y el arte de todos los países y de todos los tiempos estaban reunidos en aquel espacio reducidísimo. También se veían grandes carpetas atadas con cintas. Sólo había que deshacer las lazadas para poder hurgar entre viejos grabados y reproducciones de magníficos cuadros. En una estaba escrito en caracteres dorados: «El altar de Isenheim», en otra, «La pasión verde». Él conversaba con el librero, un joven de enjuto rostro de asceta. En la conversación intercambiaban nombres de pintores, filósofos, poetas líricos, dramaturgos y de novelas famosas. Editoriales, traducciones, presentación, composición e

impresión: todo era comentado con profesionalidad. Cada nombre daba lugar a mil otros, cada nombre era único en su género. Era una conversación de entendidos, de expertos, cada cual en su propio campo. Los puntos de vista diferían lo suficiente para que, a los ojos del observador, cada cuadro apareciera en imagen estereoscópica. Las palabras encajaban unas con otras como el mecanismo de una máquina de precisión, era un juego, una pieza excepcional que los aficionados se pasaban de mano en mano. Lo más hermoso era que en realidad carecía de finalidad, que sólo era manejada por el placer de dominar un elemento perfectamente delimitado. Y esa complacencia del espíritu siempre se veía reforzada por la de los sentidos, cuando uno sacaba un volumen de las estanterías, lo abría y pasaba las yemas de los dedos por la encuadernación y las páginas. Sí, él, Sturm, estaba ese día alegre y animado. Había caminado por las avenidas de la ciudad, por cuyo pavimento el otoño había dispuesto un amplio mosaico de hojas pardas, rojas y amarillas. El aire claro y húmedo, que daba a los pasos esa ligereza y agilidad, la nítida silueta de los grandes edificios, los contornos metálicos de los árboles a punto de morir, le habían hecho sentir esa alegría temblorosa y profunda que a veces se apoderaba de él. Se había detenido sobre un puente antiquísimo y había visto cómo un niño pescaba y sacaba del agua una anguila larga y de reflejos dorados. Bajo la tela ligera del traje, la sangre, joven y cálida, le bullía contra la piel. Qué significativo se volvía en tales momentos hasta lo más pequeño. Donde quiera que la mirada se posaba, el espíritu, mediante bellos y singulares pensamientos, vinculaba cada cosa consigo mismo. Había días en los que todo salía bien, en los que uno irradiaba fuerza como una batería recién cargada. Entonces, el destino ya no era algo incierto que acechaba en las encrucijadas de la vida, sino un jardín multicolor cuyas puertas uno abría de golpe y arrancaba con manos llenas de fuerza flores y frutos. En tales días, uno daba de sí mismo hasta lo último de lo que era capaz. Era una certidumbre lo que Sturm sentía en tales mo-

mentos: los hombres de antes no habían conocido esa amplitud del placer. Porque el mundo de los fenómenos había aumentado enormemente. Se pronunciaba una palabra, un nombre: era leve como un soplo y sin embargo de un peso inconmensurable. Se mencionaba un personaje de la Alemania romántica, del París de 1850, de la Rusia de Gógol, del Flandes de los hermanos Van Eyck: y qué red de vinculaciones surgía de golpe. Cada palabra era un árbol que crecía sobre las raíces de mil representaciones, una luz que el cerebro rompía en haces de luces. Sí, era un regalo grande y divino que en una mañana como aquélla se pudiera estar en el corazón de la urbe y lanzar palabras como diamantes en el refulgente riachuelo de una conversación. En ese lugar, rodeado de maderas de caoba y de brillantes espejos, uno se sentía como el hijo lúcido y valioso de una época tardía, a la que los siglos dejaron en herencia tesoros inconmensurables.

Sturm se sobresaltó. Había reinado un gran silencio todo el tiempo. Ahora se oía fuera el tableteo de una ametralladora. Ésta enmudeció después, y el aire se llenó del silbido de proyectiles luminosos. Eso seguramente no significaba nada: un centinela que se había puesto nervioso o una patrulla enemiga ante la alambrada. Reanudó el hilo de sus pensamientos. El presentimiento de la aniquilación se deslizaba en su interior como un fantasma que no podía ahuyentar. ¿Y si antes lo hubiera alcanzado el proyectil? Entonces sin duda todo lo que, cálido y brillante, se movía en su interior estaría frío y mudo. Entonces quizás ese cerebro, del que a veces él, su portador, estaba tan tiernamente orgulloso, habría quedado pegado, como rosada esponja, en algún punto de la pared de la trinchera. Y los ojos, que en tantas cosas selectas se habían iniciado en el conocimiento de la belleza, mirarían, vidriosos y turbios, a una lívida nada. También las manos, que tantas veces se habían posado suavemente sobre seda y raras pieles, sobre elásticos cuerpos femeninos y finos trabajos en mármol, bronce y porcelana, ahora, cerradas y convulsas, no tendrían agarrada otra cosa que un puñado de tierra.

¿Para qué todo ese esplendor en que uno se complacía si acababa cayendo en un gélido abismo, si se hacía absurdamente añicos en el despeñadero como una copa de cristal tallado? Cierto, ese aniquilamiento no era una excepción en el gran movimiento cósmico. La guerra era como la tempestad, como el granizo y el rayo, entraba brutalmente en la vida, sin mirar por dónde. En los trópicos había huracanes que, como animales salvajes, rugían a través de bosques gigantescos. Doblaban palmeras como si fueran plumas o las arrancaban de raíz, derribando así a otras. Descuajaban de sus ramas las grandes orquídeas de perfume de vainilla, y mataban un sinnúmero de brillantes colibríes. A las mariposas, de una inmensa variedad de colores, les borraban el brillo de las alas y sacaban de los nidos a los jóvenes papagayos. Y sin embargo la naturaleza aceptaba serenamente esa devastación y producía nuevos y más bellos organismos. Pero ¿era eso un consuelo para el individuo? Éste vivía sólo una vez en la luz y, al desaparecer, también se apagaba con él la imagen de su mundo.

Oyó pasos por la escalera. Era Döhring, acompañado de un oficial desconocido. Sturm se alegró de que una voz humana rompiera el silencio. Döhring parecía animado y lleno de seguridad.

—Vaya susto el de antes, un poco más y habríamos liado el petate. Voy a trasladar aquí el puesto de mando de la compañía; una de las primeras minas ha dejado hecho trizas el abrigo del pobre teniente Wendt. Wendt y sus dos ordenanzas han muerto al instante. Acabo de recorrer otra vez toda la trinchera y he visto que ya has tomado las disposiciones necesarias. Hugershoff te envía saludos, él se queda esta noche en el ala izquierda. Tiene un buen chichón en la nuca. Por cierto, disculpen, aún no he hecho las presentaciones: teniente Von Horn, jefe de la sección de zapadores; teniente Sturm.

Ambos se inclinaron. Decidieron pasar juntos esa noche de vela. Kettler salió de su cueva y se presentó; con la bayoneta hizo astillas los maderos de los cajones de granadas y encendió la chimenea. Colocaron la botella y el cartucho de las pipas en el estante, junto a la lámpara de carburo; pusieron las butacas alrededor del fuego. El zapador, militar de experiencia, había traído una botella llena de ron. Kettler mezcló su contenido con un poco de agua en una gamella y colgó ésta de una bayoneta francesa triangular que, incrustada en las paredes de la chimenea, servía para suspender sobre el fuego los recipientes. Pronto se llenó la habitación de un fuerte olor a grog, todos fumaban y tenían en la mano un vaso de hojalata caliente. Los rostros de los tres hombres, con las guerreras grises manchadas de barro, eran flacos y estaban deformados por los fuertes contrastes de luz. Sus sombras bailaban, con el oscilar de las llamas, sobre las lóbregas paredes, en las que brillaba con luz fosforescente el color luminoso de los dibujos prehistóricos. La conversación era ruda, objetiva, propia de soldados y versaba sobre las experiencias vividas en los combates y sobre lo que aún estaba por venir.

El zapador resultó ser una persona nacida para tales situaciones. Allí, la palabra sencilla y viril de quienes llamaban tan poco la atención en las tertulias de cafés de la retaguardia adquiría un timbre atrevido, metálico. Horn sólo conocía el oficio de las armas, pero *ése* lo conocía a fondo. Familia de militares, cuerpo de cadetes, una pequeña guarnición en la frontera occidental y luego la guerra. Era uno de esos hombres para los que el manejo de explosivos era lo habitual, y el encuentro nocturno con el enemigo, lo más normal, uno de esos hombres que uno sólo puede representarse como soldado. Había sido uno de los primeros que penetraron en Lieja, y desde entonces, en no pocas ocasiones, se había lanzado al asalto, con pistola y granada, contra las trincheras enemigas. Cuando todo era caótico, él estaba en su elemento. Sturm no pudo menos de preguntarse qué habría sido de aquel hombre si no hubiera estallado la guerra. Él mismo se

habría buscado una, simplemente. Habría marchado a África o a China o habría muerto en un duelo. Horn conocía el frente desde los Alpes hasta el mar y contaba sus experiencias con ese tono indiferente que confiere un peso especial al horror.

—Sí, caballeros, lo de Lens fue algo espantoso, allí conocí de verdad la guerra subterránea de minas; se estaba realmente día y noche sobre un volcán. Había por todas partes, bajo la línea del frente, una red de galerías de explotaciones hulleras y los franchutes estaban perfectamente al tanto. Casi cada día saltaba por los aires un trozo de trinchera, después daban orden de tomar por asalto el boquete caliente, mientras a uno todavía le seguía cayendo encima toda aquella porquería. El primero que se metía en el agujero había ganado. Además, había que llevar siempre en la mano un cigarrillo encendido, porque en aquel entonces no teníamos aún granadas con encendido por ruptura sino otras de confección propia de las que colgaba una mecha que accionaba el detonador. Quizá las conozcan ustedes, eran cajitas que se llenaban de explosivos, de clavos viejos y trozos de vidrio.

»Y nosotros estábamos allí abajo, en estado de alerta por turnos de día y de noche, con las cargas explosivas siempre a mano. A menudo oíamos cómo el enemigo manejaba la pica muy cerca de nosotros y entonces era cuestión de minutos el hacerlos papilla nosotros a ellos o ellos a nosotros. He estado varias veces metido en el hoyo, con el micrófono pegado al oído, esperando el momento en que dejaran de picar y acercaran los cajones de dinamita. En una ocasión tuvimos el tiempo justo para encender la mecha y salir corriendo. La explosión fue tan fuerte que a dos hombres que trabajaban en una galería transversal a trescientos metros de distancia los mató la onda expansiva. Al día siguiente me ocurrió una cosa increíble. Trabajábamos en otro sitio y de pronto abrimos un gran agujero en la pared. Antes de saber lo que ocurría, gritaron al otro lado: “*Qui vive?*”. Habíamos ido a tropezar con zapadores franceses. Como es natural pasamos por

aquel orificio con cuchillo y pistola. Todavía era aquello poco confortable, aún olía a humo de cigarrillos, y se tenía la insoportable sensación de que por allí cerca había hombres al acecho. Ya saben ustedes: esos instantes anteriores al encuentro en los que uno maldice por tener que respirar.

»Caballeros: una vez, para divertirme, volé al frente con un aviador amigo que iba a destruir una batería; hizo felizmente blanco en nuestro motor un avión de combate inglés, a mi amigo se le fracturaron todos los huesos, a mí no. Sé también lo que significa participar en un asalto y combatir en trincheras, pero todo eso es un juego de niños comparado con un encuentro con el enemigo en el pozo de una mina. Se tiene la sensación de estar en la propia tumba cavada por uno mismo, o ardiendo ya en el infierno. El agobio que producen las enormes masas de tierra de que se está rodeado provoca una sensación de infinito desamparo y lleva a pensar que, en caso de caer en el combate, jamás lo encontrarán a uno.

»Bueno, nosotros habíamos quedado, pues, tumbados en el suelo de la galería y no movíamos un músculo. Por fin uno del otro lado cometió la tontería de disparar. Nos levantamos de un salto y lo dejamos clavado en el sitio, asimismo a otro que también disparó y que me hirió levemente en la cabeza.

»Luego continuamos avanzando por la galería en dirección al enemigo. Pronto noté una corriente de aire y un ruido extraño, como un zumbido. Cuando estábamos ya a unos cien metros de ese ruido, me pareció evidente que habíamos hecho un importante descubrimiento. Porque desde hacía tiempo sospechábamos la existencia de una gran central eléctrica subterránea que, alimentada por el carbón de la antigua mina, proveía de luz a las posiciones francesas y suministraba la energía eléctrica que ponía en movimiento las vagonetas. El ruido de esa central tenía que ser lo que nosotros oíamos. La corriente de aire la causaba

probablemente un gran ventilador que extraía el aire viciado de los pozos.

»A la luz de una linterna de bolsillo dibujé un croquis y retrocedimos en silencio. Después de traer hasta nosotros los dos cadáveres, camuflamos con tierra la abertura para que pareciera que un desprendimiento de tierras había enterrado a los zapadores. Mi capitán, al que di parte de esta historia, tuvo una idea genial. Pidió al depósito de zapadores del Ejército una serie de botes de acero llenos de gas comprimido que esa misma noche fueron transportados al lugar del encuentro. Por la mañana fuimos allí con aparatos de escucha. Habíamos contactado por teléfono con la artillería y le habíamos pedido que a partir de una hora determinada tuvieran en la línea de fuego las salidas de los pozos. Nosotros, abajo, dejamos libre de nuevo la brecha, metimos por ella una botella de gas tras otra y dejamos salir el gas. Para nosotros, naturalmente, no era nada peligroso, porque el ventilador aspiraba muy rápidamente el gas. Con nuestros aparatos podíamos oír muy bien el zumbido. Al cabo de un rato sucedió lo que habíamos previsto: el ruido enmudeció un momento y volvió a empezar. Los franchutes habían llevado a cabo un cambio en su ventilador y trataban de repeler las nubes de gas y desviarlas hacia nosotros. Nosotros sin embargo habíamos vuelto a taponar con todo cuidado la abertura y desayunábamos tranquilamente con los auriculares pegados al oído. El ruido duró como un cuarto de hora, luego se tornó cada vez más débil, y por fin todo quedó en silencio. Por declaraciones de prisioneros supimos después que habíamos fumigado como ratas a los ocupantes y que la pestilencia había dejado inservible durante meses toda la instalación. Además el fuego de nuestra artillería les había causado fuertes bajas cuando salían en tromba.

»Sí, fue en Lens donde propiamente conocimos de verdad la guerra. Unos días antes de aquella aventura…

Los episodios se sucedían. De vez en cuando aparecía Kettler y echaba una brazada de leña al fuego. Cuando la gamella quedó vacía, el zapador se marchó un momento y volvió con la cantimplora llena. Parecía estar bien provisto.

—Saben ustedes —dijo—, al beber es cuando uno reconoce a su gente. Haber brindado una vez a la par es lo mejor si se quiere saber quiénes son los amigos. ¿No le parece a usted? —dijo, vuelto hacia Sturm.

—Por supuesto, he hecho a menudo observaciones de esa índole. Tanto en otras personas y en animales, como en mí mismo.

—¿En animales?

—En animales. Yo era zoólogo. Den ustedes alcohol, por ejemplo, a un gallo. Cacarea, salta y aletea como loco. Eso es debido, además de a la exacerbación de todo el organismo, sobre todo a la relajación de los elementos inhibitorios de los ganglios.

»Es una característica especial de la embriaguez. Cada uno puede observarlo en sí mismo. Unas cien veces al día se sienten deseos que afloran fugazmente del cerebro a la superficie y luego desaparecen. Uno querría soltar una absurda carcajada, dar un puñetazo contra la mesa, establecer relación con otra persona diciéndole cosas groseras o amables. A veces también se tienen ganas de hacer muecas, de tocarse la nariz con la punta de la lengua o de silbar una melodía absurda. Uno hasta cede quizás a tales impulsos cuando se encuentra solo en su habitación. Pero en presencia de otros esconde bajo la máscara de la convención esos impulsos que se presentan de continuo y que desean exteriorizarse.

»Son justamente esas inhibiciones las que desaparecen bajo el efecto del alcohol. Uno se muestra como es, sin coberturas, pero de esa manera no pone en absoluto al descubierto su verdadera naturaleza porque la verdadera naturaleza de una persona es algo que, al igual que la cosa en sí, el hombre no puede representarse. Pero las personalidades pierden la envoltura y se unen

más fácilmente unas con otras. Los sentimientos se tocan de cerca, ya no quedan separados por atributos como la cortesía, la reflexión, la timidez y la moderación. Uno golpea en el hombro amigablemente a quien tiene delante, o le rodea la cintura con el brazo, si es una chica. Uno abre el corazón y deja fluir libremente los sentimientos. Se siente que sólo en la embriaguez, sólo en ese instante que se quisiera retener, la vida tiene cierto valor.

Al zapador parecían interesarle poco esas consideraciones. Con su bayoneta removía indolentemente el fuego y murmuraba:

—Hasta ahora la cosa en sí no me ha dado quebraderos de cabeza.

—Pues entonces hay que felicitarle —replicó Sturm—. Es un vicio nacional alemán darles tantas vueltas a las cosas que esas mismas cosas acaban perdiendo su realidad. Para nosotros hoy tienen más valor los hombres que saben arrojar granadas a más de sesenta metros.

—Y serán seguramente los mismos que saben apreciar una buena botella —intervino Döhring, que había guardado silencio hasta ese momento.

—Eso se corresponde con lo que acabo de decir. Para las personas que desean ardientemente superar sus inhibiciones en alas de la embriaguez no existe una gran diferencia entre la acometida durante el ataque y la excitación que se siente en medio de un grupo de comensales borrachos. Una vida más intensa, la acelerada circulación de la sangre, el cambio brusco de sensaciones, la explosión de pensamientos en el cerebro, ésa es la forma del ser que se manifiesta en ellos.

—Pero esta tarde, durante nuestra conversación interrumpida de modo tan súbito, hablaste de unas líneas que habías escrito sobre el hombre nacido para la guerra. ¿Y si nos leyeras algo? El tiempo avanza condenadamente despacio. Al señor Von Horn se le cierran ya los ojos.

—No tengo inconveniente, aunque no puedo esperar excesiva atención. Por lo demás, esta noche se me quedará grabada en la memoria. Es perfectamente típica de esta guerra. Si salgo con vida, puede que intente algún día escribir el Decamerón del abrigo: diez antiguos guerreros que, como nosotros ahora, están sentados en torno a un fuego y cuentan sus aventuras.

Sacó un pequeño cuaderno de la barahúnda que había sobre la mesa y que ahora era aún mayor debido a unos trozos de ladrillo caídos del techo, enderezó la lámpara de carburo y empezó a leer.

Capítulo 6

«Esta tarde, como todas las tardes, cuando la oscuridad iba penetrando en las tortuosas calles del casco antiguo, al brigada Kiel le resultaba insoportable la pequeña habitación, la proximidad del cuartel. En largos años de guerra subterránea, todo su ser se había habituado a vivir a esa hora una vida más intensa. El estrépito de las gamellas y el brillo frío y plateado de los primeros proyectiles luminosos le vinieron a la memoria cuando, liberado del severo uniforme, paseaba con indolencia junto a las filas de casas grises en las que pequeñas tabernas de soldados abrían los ojos ardientes y bandadas de niños alborotaban con sus juegos tardíos por oscuros rincones.

»Un ardiente afán de aventuras, heredado de seres afines que él creía encontrar en las viejas crónicas de la ciudad, le asaltaba misteriosamente cuando oía los estribillos, que, entonados por claras voces, seguramente repercutían desde hacía siglos en aquellos mismos frontones grises e inclinados. Así, con una melancolía oscura y extraña al percibir el contraste entre tiempos y generaciones en continuo fluir y la vida efímera del individuo, se acodaba a menudo sobre los parapetos de los viejos puentes y contemplaba las sucias aguas del río que bañaban los corroídos muros bajo la sutil niebla del atardecer. Se trasladaba también a tiempos lejanos, cuando la calamidad se infiltraba en las casas con los efluvios venenosos, la epidemia agobiaba a un pueblo anonadado y los siervos de la peste recorrían las calles con risas brutales para cargar sus carros con los cadáveres de quienes habían sido abandonados por miedo al contagio.

»Su actitud era distinta cuando se acercaba al centro de la ciudad. Su cuerpo se tensaba, envuelto en un ligero abrigo oscuro del que surgía el blanco cuello de la camisa, que realzaba nítidamente el rostro afilado y enjuto. Con la honda respiración de quien despierta a la embriaguez se empapaba de los ruidos excitantes del centro, cual animal salvaje que sale de su guarida en busca de presa. Como antaño la aventura le hacía lanzarse a esas horas a la tierra de nadie cortando la alambrada, ahora el afán de vivir cosas nuevas le empujaba al torbellino de la gran urbe nocturna. Inteligente, la periódica embriaguez de aquellas noches le producía aversión, pero en él había demasiada altivez, demasiada brutalidad, para que pudiera darse cuenta de cómo una fuerza mayor le lanzaba noche tras noche por los mismos caminos. La caza de la hembra la tomaba como algo natural, el malestar, como la depresión que sigue a la embriaguez, y precisamente porque vivía con tal intensidad, no reflexionaba sobre su existencia.

»Con pasos lentos, concentrado, se dejó llevar por la masa de gente en atavíos de domingo. Su aguda mirada, entrenada para percibir lo esencial, abarcaba a los transeúntes, penetraba en ellos, obligaba, como un intercambio de pistoletazos, a dar respuesta a la pregunta. A menudo, una boca femenina se contraía para sonreír como resultado de una ecuación efectuada a la velocidad del rayo. Esas breves miradas de tantos ojos le estimulaban en la marcha, convertían en placer el mero caminar, le llevaban victoriosamente por esa densa irradiación de ardientes pensamientos y deseos. Cada paso le parecía el brote de un manantial; cada losa del pavimento, la casilla de un enorme juego de azar; cada mujer, portadora tal vez de algo insospechado, de algo buscado durante mucho tiempo.

»Poco a poco, esa sensación se concretó en embriaguez, reclamaba expresión. Sentía un violento deseo de verter en algún recipiente el exceso de fuerzas, de romper contra alguna mujer

esas aguas crecidas. Todas las mujeres que allí veía le parecían poco adecuadas. El camino hacia ellas pasaba por cafés, tabernas, oscuras avenidas; requería hacerles la corte, todos los requisitos de una pequeña novela. Por así decir, una novela en formato de novelita rosa, pero novela al fin y al cabo. Querían oír, contar, que se las viera como personalidad allí donde él buscaba renunciar a la suya. Lo más natural del mundo lo destrozaban esas mujeres a cambio de la calderilla barata de las buenas maneras burguesas. La velada transcurriría como una película cursi, vista muchas veces. Le pasaban por la cabeza los clichés convencionales. "¿Qué piensa usted de mí?". Ese modo de lograr la victoria podía dar una sensación feliz de gran mundo a los jóvenes campesinos que recalaban en la ciudad, pero en cuanto a él, su virilidad lo rechazaba. Pensaba en patrullas nocturnas, tras breves y violentos enfrentamientos con el enemigo, en la brutalidad del asalto, en los cascos de acero, en las granadas. En apenas cinco minutos se había fulminado al enemigo. Tras años de vivir experiencias premeditadas, concentradas, su erotismo exigía un sello más viril, la vuelta a una sencillez elemental. Lo mismo que había aprendido a apreciar el alcohol puro, sin mezcla de agua, así también tenía que disfrutar cada experiencia: como un furioso asalto a la meta.

»Llevado de una decisión súbita, torció por una calle lateral, en la que el amor se presentaba de un modo más libre y directo. El aspecto exterior de las incansables paseantes, embutidas en seda, pretendía cautivar los sentidos excitados. Colores chillones, sombreros de extrañas formas, medias cuya textura sólo hacía parecer más desnuda la carne, perfumes artificiosos que brotaban de una crujiente ropa íntima. Todas esas muchachas le parecían flores raras, engañosas florescencias ansiosas de atraer, derrochando fragancia y color, a bandadas de insectos que las fecundaran. Su llamativa apariencia, aquella vistosidad como de cartel, le resultaron agradables. Allí estaba, claro y evidente, el instinto. Se sentía como un déspota asiático al que se rendía ho-

menaje con bárbaro esplendor. Todo aquello se exhibía sólo para él, sólo para rendir honor a la virilidad.

»Una de las paseantes atrajo su mirada. La cabeza y el rostro eran vulgares pero sostenidos por un cuerpo maravilloso. Las formas se combinaban suavemente unas con otras, daban a sus pasos una plenitud de fuerza contenida como en los grandes animales de presa. La abordó y se fue con ella.

»Se despertó en medio de la noche. Tras un momento de reflexión, encendió la luz. Clavó los ojos en su cara. Los ojos cerrados aumentaban la impresión de inmovilidad y rigidez que habían estampado en ella mil noches de aquel oficio. El perpetuo ardor de la gran urbe había cincelado en sus facciones una sonrisa, medio saturada, medio exigente, que ahora, convertida en mueca petrificada, de cadáver, generaba oleadas de repugnancia en el silencioso observador.

»De pronto, de alguna oscura sensación de contraste, tuvo la visión de una figura semiolvidada. Una muchacha a la que había amado antes de la guerra con una intensidad incomprensible ahora para él, pese a que, con la timidez de la adolescencia, nunca había cruzado una palabra con ella. Un jardín en verano, vestidos claros, sueltos, un bucle que le caía una y otra vez sobre el rostro. ¡Qué apacible todo aquello! Y luego la guerra, esa marcha colectiva hacia la muerte que borró con mano implacable la delicada pintura, que puso luces deslumbrantes junto a negras sombras. Por doquier mostraba su terrible influencia, la recaída en la barbarie, en una red de pasiones medievales. Sólo a veces, en horas de hastío, el anhelo de sensaciones delicadas, líricas, surgía como un espejismo por entre los escombros de una civilización destruida.

»Se levantó sin hacer ruido, se vistió, cogió de la mesilla de noche la llave y salió de la casa».

Cuando Sturm cerró el cuaderno y levantó la vista comprobó que el zapador se había dormido. Döhring, que parecía haber es-

cuchado atentamente, dio las gracias y propuso recorrer la trinchera para pasar revista a los puestos de guardia y después reanudar la lectura. Se proveyeron de lo necesario y salieron. La noche era ahora fría y silenciosa, la mañana se anunciaba con un aire fresco, cargado de rocío, que aliviaba los agotados nervios. De la sombra de un enorme través se separó una figura que se llevó la mano al casco y dio el parte:

—Sector de la tercera sección. Sin novedad. —Era Hugershoff.

Los tres oficiales se dieron la mano y conversaron en voz baja. Era poco probable que hubiera otro ataque, la noche era muy tranquila. Sin embargo sería mejor, sin duda, mantener el estado de alerta hasta que despuntara el día. Mientras que así hablaban, apareció un sargento mayor y relevó a Hugershoff.

—Ven con nosotros —le invitó Döhring—, aún tenemos grog, y Sturm nos leerá algo hasta que amanezca. Entonces podremos acostarnos con la conciencia tranquila y dormir hasta el mediodía.

Regresaron y encontraron al zapador en la misma postura. Lo levantaron con cuidado de la butaca y lo echaron en el catre sin que se despertara. Hugershoff se sentó en el sitio libre. Sturm abrió de nuevo el cuaderno y comenzó a leer.

Capítulo 7

«Falk no tenía amigos. Para los conocidos que a veces se tropezaban con él, por coincidir en las aulas y en los cafés o por el común amor a la literatura, pronto no fue sino un nombre y una obligación de dirigirle un fugaz saludo. Para su casera era alguien a quien cada mañana había que despejar la habitación de libros, ropa, colillas y, muy a menudo, poner ante la puerta doble ración de desayuno. Desde el punto de vista del trato social, era un cero a la izquierda y la esperanza fallida de padres dignos de compasión.

»También, tal como él se veía, era un ser insignificante y a ello atribuía su falta de éxito. Sabía que, si se quería impresionar a la gente, los ojos tenían que ser rayos, no espejos, que la actitud debía ser agresiva, y el lenguaje, violento. Cualesquiera que fueren los valores propios, sólo la apariencia podía hacer que fueran percibidos por los demás. A quienes entendían de eso, los admiraba como si fueran prestidigitadores que sabían esparcir por la habitación, a voluntad, flores y mariposas sacadas de la nada. A veces se sentía devorado por una rabia profunda cuando otros pasaban distraídos a su lado. Entonces tenía la sensación de que su alma era un país oscuro y lejano, rico en oro y objetos singulares y rodeado de umbríos bosques tropicales. Si, en cambio, intentaba abrirse paso a través de la espesura, sus tesoros se le iban de las manos por el camino, y lo único que cosechaba era una carcajada o la nada insípida.

»Después de tales experiencias, que le acontecían a diario en las esquinas de las calles sin que los otros alcanzaran a imaginar-

lo, se sustraía durante días a todo contacto. Fumaba tumbado en el sofá, en su casa, leía o permanecía con la mirada fija en el techo, ausente. Amaba a Gógol, a Dostoyevski y a Balzac, autores que, como cazadores, estaban al acecho de ese animal misterioso que era el alma humana y a la débil luz de las lámparas mineras penetraban en pozos lejanos para experimentar, entre cristales y puntiagudas rocas, la embriaguez del explorador. Para él, leer era más que compenetrarse con sentimientos ajenos y complacerse en los pensamientos de otros, era una forma de vida que, avanzando sin trabas por el terreno del espíritu, le llevaba a todas las tribulaciones y goces imaginables. Esos grandes hombres le reducían el laberinto de ecuaciones a fórmulas breves y sustanciales, fundían en el fuego de su fuerza la vida real, hecha de contradicciones y de prolijidades inútiles, para darle una forma clara y eterna. Transparentes como el cristal, aparecían hombres pulidos por el cerebro, abrasados por el corazón, y, enfocados por una batería de reflectores, sacaban a la luz lo más oculto. Se veía por fuera cómo la sangre, roja, circulaba por las venas, cómo los plexos nerviosos se contraían bajo el despliegue de la voluntad, cómo mil lámparas incandescentes eran alimentadas por el torbellino de fuerzas del cerebro. Un ímpetu inmenso y un deseo irresistible de lanzarse furioso más allá de fronteras y obstáculos resultaban comprensibles antes de arder en la magnificencia o de consumirse en el horror. Se luchaba con los héroes, se traicionaba con los traidores, se asesinaba con los asesinos y, después de acceder a sus esferas, había que reconocer en el combate, en la traición y el asesinato, necesidades internas. Y el poeta, el artista, inmóvil en lo alto, dominaba a todos, como el sol, y lanzaba sus rayos contra el acontecer y lo hacía girar alrededor de su eje describiendo la trayectoria deseada. Él era un inspirado, un ser inmerso voluntariamente en el gran circuito, un ojo de Dios. Al uno lo derribaba el odio, al otro el amor, uno mataba a una anciana sin saber por qué; todos, y todas las cosas, encontraban en el poeta benevolencia y redención. Él era la gran

conciencia de la humanidad, una descarga eléctrica en el desierto de los corazones. En él se cristalizaba su tiempo, lo personal encontraba valor eterno. Era la cresta, coronada por clara espuma, de una oscura ola que se perdía en el mar de lo infinito…

»A Falk le gustaba dejarse llevar por tales pensamientos. De una sensibilidad extrema, a menudo nacía con fuerza en él la necesidad de expresarse, que la forma hacía fracasar cada vez. Tras contemplar horas y horas una hoja en blanco con la pluma en la mano, su falta de fecundidad le causaba después una desesperación tanto mayor cuanto que sabía que el terreno era en él excelente. Lo mismo que en el trato con los hombres, allí también todo lo que hacía germinar la semilla estaba envuelto en una cáscara tan dura que se pudría en la oscuridad. Entonces era para él un alivio entender lo poético como algo ilimitado y vivo por doquier, como un espacio celeste en el que se elevaban y se hundían los astros de la humanidad. Así el sentimiento propio vivía en el ajeno y adivinaba que el fuego que se consumía lentamente en él, semejante al incendio, aún oculto, de un barco, un día se declararía abiertamente. ¿Qué importaba que un árbol derrochara diez mil semillas en el otoño? Si crecía una sola, ¿no florecían entonces diez mil esperanzas en una sola eclosión?

»A veces, en cambio, el individuo que había en él se rebelaba contra ese abúlico y voluptuoso deshacerse en lo cósmico. Que lo general se diversificara en tan innumerables valores, eso tenía forzosamente un sentido. Y si él era sólo el más insignificante de los fragmentos, ansiaba realizarse, vivir su vida, antes de volver a hundirse en el abismo. Apartaba entonces libros y papeles y se metía precipitadamente en el torbellino de la ciudad.

»De todas las relaciones que, con sonidos, luces y telas multicolores, fundían allí la diversidad y la convertían en masa, él conocía bien sólo una: la relación entre los sexos. Ese amor de las ciudades, que cada noche ardía, incandescente, sobre las losas del pavimento, era la única escapatoria que le quedaba. No era

para él un camino que, ondulante, llevara por paisajes serenos y despejados, sino que, sinuoso, serpenteaba en la noche de una amarga estación del conocimiento a otra. A menudo envidiaba al animal emparejado que entre el gentío de las calles pasaba una y otra vez a su lado. La misma ropa, los mismos rostros, las mismas conversaciones, los mismos sentimientos. El tiempo y las circunstancias, dando una forma cada vez más precisa, más acorde con el tipo, habían engendrado esas criaturas que bailaban, cual nube de brillantes insectos, en torno a las luces.

»Cierto: el hombre velludo de la estepa, el cazador ansioso de presa que, acuclillado en sus cavernas en torno al fuego deslumbrante, trituraba con poderosa dentadura huesos rellenos de tuétano, había amado con más violencia. El encuentro de pastores de cuerpos lisos, cuya vida transcurría melódicamente entre mansos animales y bajo cielos azules, había sido más bello y sencillo. Pueblos de artistas, más libres y conscientes de sus derechos, habían transitado entre desnudas estatuas. Muy lejos estaba Asia. Incluso Luis XIV sólo se mantenía vivo en pinturas y películas baratas. Por Casanova se interesarían, todo lo más, las páginas de sucesos de los periódicos.

»Ya no había naturaleza, ni arte, ni grandes líneas, ni siquiera estilo; todo lo que recibía esos nombres era deseo forzado, autoengaño. Desde la aparición de la máquina todo había sido nivelado y aplanado por velocísimas ruedas. La mecanización del hombre, fulminante como la peste, había transformado Europa en un desierto; mañana, en la más recóndita aldea del Congo, los valores vendrían dados por películas que vibran en las pantallas; el encuentro de los sexos pasaría de las plazas, entre charlas nocturnas y estruendo de tambores, a salas de baile de última moda. Del mismo modo que se abatía o se exhibía entre rejas a los últimos animales que sobresalían por su tamaño o sus colores, así también se terminaba con todo lo que aún nacía de sangre caliente.

»Y, sin embargo, él envidiaba a los hombres de su tiempo. Aunque no fuesen sino pura superficie, creaciones de modistos, y aunque sólo se diferenciaban por su fortuna en el sentido más trivial, eran sin embargo muy fáciles de contentar. Si tenían dinero y salud, gastaban, cobraban, y así eran felices. Sin duda alguna eran más felices que él, poeta al que faltaban las palabras. Todo ese cavilar, ese afán de conocimiento, era querer perforar la estructura del mundo, un ridículo intento de penetrar en una profundidad cuya superficie era tal vez el sentido.

»A veces deseaba ser un animal muy primitivo, una planta, vida por excelencia aún sin fragmentar. Odiaba pensar en un desarrollo, cuyos seres, organizados cada vez de modo más sutil, también tenían que sufrir con una intensidad infinitamente mayor.

»Sin duda, cuanto más diversas y sutiles eran las raíces que un ser hundía en la tierra, tanto más diversos y extraños eran sus delirios. Pero eso no era nada comparado con la violencia creciente de la depresión. Eso Falk lo había experimentado cantidad de veces en sí mismo. Y muy especialmente en el amor.

»Una vez había encontrado en un filósofo esta frase: "El grado y el modo de la sexualidad de una persona asciende hasta la última cima de su espíritu". Había meditado largo tiempo sobre ello y le parecía que ahí, como en todas partes, también se podría defender lo contrario. Precisamente en su caso le parecía que la incesante acometida del espíritu, ese devorar valores sin saciarse, la obstinada furia por diluirse en la pluralidad de las cosas, eran el principio motor en mucha mayor medida que la avidez puramente física. Porque eso le parecía evidente: lo que le llevaba hacia la mujer no era el placer sino una herida que abrasaba en lo hondo.

»Lo más hermoso era cuando, en su búsqueda, recorría la ciudad suspendida entre luces. Cuando se vaciaban tiendas y oficinas y los escaparates iban quedando cubiertos por ruidosas per-

sianas, un brusco aflujo de sangre de la feminidad barría de pronto las arterias de la ciudad. Cabellos castaños y rubios, figuras esbeltas, risas ruidosas, cautivaban la mente con sueños de plenitud y de promesa. Cada una tenía su nota especial, sabía ofrecer algún enigma que incitaba a indagar. Vestido, peinado, ritmo del movimiento, sonrisa, caída de ojos, arrugas de la frente: todo ello producía esa extraña mezcla de exhibición y ocultamiento que le impulsaba una y otra vez a intentarlo de nuevo, por barruntar allí raros deleites. A veces le acometía también la ira ante aquellos límites, él habría deseado abrazarlas a todas al mismo tiempo, despojarlas de sus misterios y así tener una relación con ellas.

»Si la tensión que le causaba tal sentimiento lo empujaba hacia una sola mujer, su experiencia era cada vez la misma, ya tuviera lugar ante la mesa de una cervecería gigante, tras las rojas cortinas aterciopeladas de algún pequeño café, en una sala de fiestas de abigarrados colores, en senderos del bosque o a orillas de un lago. Cada vez surgía una conversación en la que él, indolente y un poco melancólico, daba la impresión de ser persona simpática y de lo más común y corriente. Sabía escuchar, preguntaba por todo género de detalles, horario de trabajo, pausa del desayuno, libros, amigas, amantes, inventaba un suceso, una historia y requería una opinión. A veces contradecía, para comprobar la fuerza de la reacción, a veces se mostraba de acuerdo, para, al retroceder, poner más al descubierto.

»Así, reuniendo detalles, componía un retrato intelectual de esa persona desconocida, y todos esos retratos se parecían hasta la saciedad. Mientras él construía tales edificios, adivinando por el trazado de las líneas lo que faltaba, pintando aquí y allá con colores más favorables diversos pormenores relativos al entorno y al carácter, se desvanecía imperceptiblemente el otro edificio, el edificio ideal que cada vez había levantado él previamente. Lo que quedaba no era sino una experiencia más. Y cada vez tenía

por más seguro que la experiencia era un desengaño y que la vida, en cuanto suma de esas experiencias, era el mayor de todos.

»Después de haber poseído, conocido y despreciado todo lo esencial, ¿qué podía ofrecerle a él la penetración física? Era todo el placer y todo el tormento comprimidos en un solo instante. Era amor y odio, promesa y conocimiento, engaño y autoengaño, vuelo y caída, materializados en un acto jadeante. Era lo animal, de lo que todo procedía y a lo que todo abocaba. El resto, náusea.

»Había horas en las que se burlaba de sí mismo por buscar en tantas lo eternamente uno. Esas administradoras del gran misterio no deberían animarle una y otra vez, con sus prácticas sacerdotales, a rendir culto a los ídolos; él quería instalarse ante sus altares, firme y tranquilo, e ingerir con apetito, como el pan de cada día, ese sagrado misterio. Retorno a lo limitado, a lo burgués: título universitario, posición, matrimonio, una felicidad de rizos rubios y, por delante, un terreno allanado. Pero si, mediante una unión más duradera, mediante una relación fija, intentaba encontrar un puente, una transición a ese paisaje de los horizontes seguros, tenía que admitir cada vez que era imposible. Nunca había aguantado más de tres días sin recaer en la irritabilidad y la insatisfacción.

»No, para eso era mejor romper con mano segura el último resto de envoltura intelectual y sentimental. Por la noche se sentaba a menudo ante una jarra de espesa cerveza en la bodega de una pequeña y vetusta cervecería en la que desde hacía siglos se reunían los estudiantes. Esa cervecería estaba en un tortuoso callejón que sólo albergaba burdeles, cuyos frontones puntiagudos se tocaban en las alturas. Por eso era muy escasa la luz de las estrellas que llegaba hasta las redondas piedras del pavimento; farolas que colgaban entre oxidadas rejas oscilaban al viento. Cuando llovía, figuras silenciosas envueltas en amplios abrigos pasaban presurosas para desaparecer tras alguna puerta. Las

sombras fluctuaban en todas direcciones y envolvían los rincones en una irrealidad fantasmagórica. En algún sitio el soliloquio de un beodo giraba en torno a tres palabras carentes de sentido, gritos furiosos armaban escándalo en plena noche.

»Allí había quedado estancada la Edad Media y descansaba en lo atemporal, mientras que muy cerca la noche avanzaba en veloces cataratas a través de las luces.

»En los bancos de roble arrimados a las paredes de la cervecería había gente que sabía estar a la altura, hombres y pocas mujeres. Brutalidades de dimensiones históricas era lo más solicitado. Se vaciaban jarras enormes, se consumían ingentes cantidades de salchichas fuertemente condimentadas, que una mujer de aspecto desaliñado llevaba, crepitando todavía en la sartén, de la cocina a las mesas. El humo del tabaco, los golpes ruidosos de los cubiletes de dados, el impacto de las bromas, y las risas atronadoras congestionaban la cueva, llena hasta el último rincón, de vapores y de ruidos. Con palillos se sorteaban aguardientes y la suma se apuntaba con tiza sobre la mesa. El punto culminante llegaba cada vez cuando aparecía un anciano contrahecho que ponía una cítara sobre la mesa y con voz cascada empezaba a cantar extrañas canciones.

»Luego el estruendo era general, todos gritaban, voceaban, reían, cada cual era el punto medio de hombres, sonidos y luces, que la embriaguez desintegraba y volvía a fusionar haciéndolos girar frenéticamente. Esa masa caótica irradiaba violentas sensaciones que se concentraban en torno a polos claros y oscuros. Se abrazaban con fuerza unos a otros, se hacían juramentos de eterna amistad. ¿Eran de menos valor porque mañana ya estarían olvidados? Uno que estaba sentado a la mesa y guardaba silencio fue apaleado de pronto y arrojado a la noche sin sombrero ni abrigo. Su sola existencia había causado irritación. Eso bastaba, eso era cometer sacrilegio contra el sentimiento. El sentimiento lo era todo. ¿Por qué? Porque se sentía. Un hombre llo-

raba, su mundo se desintegraba en tristeza. Una chica tuvo un mareo, la pusieron detrás del mostrador. En un rincón había un grupo que, como obedeciendo a una voz de mando, de continuo echaba hacia atrás la cabeza para que los aguardientes fluyeran por las gargantas. Otro hombre pronunciaba un discurso, enardecedor, genial, que era como un estallido por la presión de los pensamientos, y desató un júbilo delirante. ¿Qué importaba que nadie hubiera escuchado? Los hechos habían perdido su importancia, mil posibilidades pasaban de largo, fáciles y deslumbrantes, y eran entendidas ya en germen. Las imaginaciones ardían y al consumirse pasaban a ser las nieblas primigenias de la embriaguez, tan finas y movedizas que todo lo penetraban sin esfuerzo. Los corazones saltaban contra las costillas como rojos animales de presa contra los barrotes de la jaula y lanzaban a los cerebros oleadas de sangre cada vez más fuertes, cada vez más calientes, a esos cerebros que por lo general permanecían, fríos y anémicos, en el terreno de lo inteligible. Así, las fuerzas ocultas de la sangre se inflamaban para hacer renacer estados hundidos ya en la penumbra de tiempos muy lejanos. Lo indiviso, el origen, volvía a la vida y gritaba exigiendo manifestarse, entrar en acción de modo simple y violento. Era una sensación hermosa y fuerte, un volverse a encontrar abandonando el insoportable absurdo de la razón. Hasta que por fin el aire se espesaba tanto que, como una explosión de pólvora, arrojaba a todos al exterior por un estrecho pasillo. Allí la carga humana comprimida estallaba en risas y ruido para dispersarse, como una banda de saqueadores, por las casas del entorno.

»Con cierto placer notaba Falk a veces que él involucionaba, que desarrollaba formas, aunque más toscas, también más sencillas. Cual príncipe encantado, había recorrido primero los palacios del mal, también había soñado allí su destino personal, y, partiendo de la idea de que era un extraviado en medio de otros extraviados, había explorado los escombros en busca de vetas de oro y partículas de diamantes. Pero eso pronto lo había desecha-

do como cosa de tenderos, agotada por mil novelas baratas. Rebajó sus pretensiones, empleó moneda válida y así vivió por cuenta propia. Ya era capaz de dar un nombre claro a sus deseos y de irradiar autoseguridad, suficiencia, como un oficial de carpintero al término de la semana.

»Una noche Falk iba en tranvía y se dirigía a su meta habitual. Leía porque le agradaba enfrascarse en pasajes de libros durante trayectos cortos, o en los cafés, o en la cena, y, de esa manera, insertar imágenes espirituales en el ruido, la música, la masa. Eso le sumergía en extraños ambientes; estaba en India, en la Roma de los césares, en un sistema filosófico y en el mismo centro de la gran ciudad, de forma que al cambiar los espacios, los tiempos y los modos de pensar, el momento perdía su carácter de importuna urgencia. Ese estado, que, definido con más exactitud, perdería lo más sutil que poseía, daba a Falk la sensación de haberse desembarazado con gran habilidad de una restricción, de una norma general.

»Cuando en cierto momento levantó la vista, una chica sentada enfrente llevaba en la mano el mismo libro que él. Era el *Balzac*, de Hippolyte Taine, por tanto esa coincidencia no podía considerarse un hecho completamente trivial; una sonrisa lo insinuó, una conversación lo confirmó. Falk invitó a la chica, que él tomaba por una estudiante o licenciada, a pasar la velada con él. Su invitación fue aceptada.

»Primero la habitual botella de vino, pensó una vez sentados los dos, y la cosa rodará por sí sola hasta el cigarrillo de después. Brindis, mirada a las manos, anillo, nombres de pila no, por favor, bueno, no importa. Se apoyó en el desgastado sofá y metió la primera moneda en el tragaperras de las conversaciones.

»Pero pronto perdió esa indolencia, se inclinó hacia delante, aguzó la mirada y sopesó cuidadosamente las palabras antes de pronunciarlas. Percibía resistencia, flexibilidad en el brazo, disposición a parar los golpes. Pero no era eso, sentía una suerte de

comprensión. Ya al primer choque de los aceros había advertido la reacción, rápida, eléctrica, inesperada. Se sentía conectado a un circuito eléctrico desconocido, perdido en un elemento líquido y móvil, cuya existencia no había conocido hasta entonces. Una levedad serena que provenía de lo que aún había en él, allá a lo lejos, de adolescente, le preservaba de todas las inhibiciones que normalmente obstaculizaban sus propósitos.

»Como le molestaba estar rodeado de otras personas pronto propuso marchar a su piso, lo que ella aceptó con una naturalidad que le sorprendió agradablemente. Durante el camino, ella se colgó de su brazo, pero era un peso tan ligero que él la percibía a su lado como algo irreal y sin embargo lleno de vida.

»La habitación estaba caliente y oscura. Falk abrió la puerta de la estufa que despedía fuego y que iluminó la habitación con un resplandor rojizo. Era como un alto horno en un paisaje cubierto de niebla, aquí y allá una línea más nítida dejaba adivinar la silueta de una silla, de una mesa o de un libro. Sólo la nube de humo del cigarrillo de Falk flotaba, inconfundible, como algo más claro y evidente, por encima de lo inseguro.

»Falk cogió el abrigo y el sombrero de su acompañante y la invitó a sentarse. Ella le dio las gracias.

»—Me gusta esto. Es agradable el brillo rojo que envuelve la habitación. De todos los colores prefiero el rojo. Es un grito, un reto, una necesidad.

»—Es verdad. Nos obliga a fijar la vista en el fuego, evoca recuerdos extraños y lejanos. Tiene algo seductor y salvaje. Una chica me contó en una ocasión que poseía un sombrero con la forma de un gran disco rojo y que nunca cruzaba la calle sin que los hombres le dirigieran la palabra. He visto a hombres combatiendo…

»—¿Ha visto sangre? Parece joven todavía.

»—Siendo casi un niño, capaz apenas de sostener un fusil, me encontré luchando en una gran batalla. Toda la noche habíamos

marchado, apáticos y muertos de fatiga, en dirección a una lejana tormenta que se divisaba, roja, en el horizonte. Por la mañana atravesamos un pueblo en el que se vivía una vida extraña, presurosa. Un caballo de ojos grandes y enloquecidos galopaba por la calle con los estribos colgando ruidosamente. En alguna parte sonó un portazo. Dos hombres tiraban de un tercero, que arrastraba los brazos por el suelo. Muy cerca, en los jardines y detrás de las casas, había un estruendo como si saltaran en mil pedazos barriles de hierro. Caminábamos como a través de un sueño. Detrás de la aldea estaban abandonados los campos de cultivo, sólo por el suelo, a lo largo del camino, había algunos muertos.

»Esto no es verdad, pensé, y sentí al mismo tiempo una curiosidad indiferente por saber en qué acabaría todo aquello. Nos detuvimos detrás de una parcela de bosque, una voz estridente gritó varias frases cuyo sentido no comprendimos. Luego atravesamos el bosque en pequeñas unidades. En la otra linde vimos delante de nosotros pequeños amontonamientos de tierra desde los que disparaban contra nosotros. Corrimos, nos tiramos al suelo, disparamos y de un salto nos alejamos más.

»El aire se desgarraba, con detonaciones y explosiones, junto a nuestras cabezas. Esto va mal, esto va mal, sonaba una voz en mis oídos, o tal vez era un grito que yo repetía incesantemente. Me dejé caer y me tendí detrás de un arbusto, y los proyectiles zumbaban como un enjambre de avispones. Apenas estuve tendido en tierra, un golpe seco me arrancó el casco. Me llevé la mano a la cabeza y la sentí caliente y húmeda. Cuando la miré, chorreaba sangre. Me la pasé por la cara: la sangre me escocía en los ojos, la sangre se me metía en la boca, caliente e insípida.

»Me levanté. El paisaje había sufrido una extraña transformación. Un sol sangriento giraba sobre campos de un rojo bermejo. Gritos, disparos y pensamientos estaban bañados en rojo. Delante, junto a los montículos de tierra, danzaban confusa-

mente figuras rojas. Una impetuosa oleada me levantó y me arrastró hacia delante con una fuerza irresistible. Vociferando como un demonio corrí por el campo y me lancé de cabeza en la hecatombe. Mi fusil estaba cargado, pero lo agarré por el cañón como si fuera una maza y di golpes a diestro y siniestro, sin distinguir entre amigos y enemigos, hasta que me derrumbé por la pérdida de sangre.

»Me desperté en una cama blanca y pronto pude levantarme. Antes había pensado a menudo que el combate me haría ganar en gravedad y virilidad, pero cuando caminaba con la bata del hospital por solitarias avenidas, sólo sentía la suave sensación del convaleciente. Lo monstruoso no me había tocado, yacía en lo hondo como algo inexplicable que, cual isla de fuego, había aparecido y se había hundido. Sólo quedaba cierto temor, una sensación de llevar en mí, sin saberlo, fuerzas inconmensurables; la misma sensación que puede experimentar, aunque con mucha menos fuerza, quien se despierta por la mañana tras una descomunal borrachera, sabiendo que ha vivido largas horas con máxima intensidad pero sin conciencia de ello.

»—¿Así que se arrepentía usted o al menos sentía hastío?

»—No sabría decirlo. Más bien horror y asombro, y la seguridad de no haber sido nunca tan fuerte, de no haber estado nunca tan acorde conmigo mismo. Había matado, eso era innegable, y no en defensa propia sino atacando. También tenía que admitir que todos aquellos ideales nacionales y heroicos que hasta entonces, eso pensaba, eran los motivos que me guiaban se habían evaporado en el fuego de la pasión como gotas de agua sobre una placa de hierro candente.

»Cuando yo hablaba con otros sobre ello notaba hasta qué punto el hombre, en el fondo, está poco de acuerdo consigo mismo. Los unos intentaban santificar sus actos, los otros, disculparlos, los otros, condenarlos; todos, pues, opinaban que lo esencial no era lo que ellos habían sentido en ese momento sino lo

que pensaron e interpretaron posteriormente. Lo que contaban no era lo vivido por ellos, sino que venía dado por…».

Capítulo 8

De pronto, cuando Sturm había leído hasta aquí, Hugershoff lo agarró del brazo:

—Silencio, ¿no acaba de gritar alguien fuera?

Escucharon con atención. ¡En efecto! El grito prolongado de un centinela cercano resonaba, extrañamente débil y penetrante:

—¡Aleeertaa, mina!

Siguió un crujido y un aleteo que terminó en una inmensa explosión. El sótano se tambaleó, sus muros reventaron por todas sus junturas, una mina de grueso calibre parecía haberle alcanzado de pleno. Se apagó la lámpara, se consumió el fuego. De un rincón llegaba la voz del zapador:

—¡Luz, por Dios, luz!

En la escalera se oían los gemidos de Kettler:

—¡Socorro, mi teniente, estoy sepultado, aire, aire!

Lo salvaje de la escena estaba recrudecido por las incesantes detonaciones, bajo cuyas sacudidas se tambaleaba el sótano como un barco en el huracán. Los breves momentos de descanso entre las explosiones de los obuses estaban llenos de un incesante fuego de barrera. No cabía la menor duda: empezaba la ofensiva.

Por fin consiguió Sturm encontrar las cerillas en medio de la confusión. Encendió una y vio que la lámpara había desaparecido. Sin vacilar, cogió el cuaderno que había estado leyendo, arrancó varias hojas y prendió fuego. Dejó caer al suelo las hojas

en llamas, mientras el zapador destrozaba libros y dibujos para alimentar el fuego con los jirones de papel.

Cuando los ocupantes del sótano, que habían cogido las armas a toda prisa, quisieron salir, se encontraron con un nuevo obstáculo: la escalera del sótano estaba obstruida hasta el techo por grandes trozos de pared. La primera mina tenía que haber caído justo en la escalera.

—¡Por el pozo de luz! —gritó el zapador cuya voz había recuperado su timbre claro y sosegado. Döhring arrancó la lámina de cartón, de forma que la luz del amanecer penetró por la ventana en la habitación. El zapador se encaramó sobre la mesa, juntó los brazos por encima de la cabeza y se metió por la angosta abertura mientras Döhring le sostenía por abajo. Luego pidió que le dieran un fusil y ayudó a salir a Döhring y a Hugershoff. Sturm quería seguirles pero cuando pensó en Kettler cambió de idea y se dedicó a quitar las piedras que habían caído delante del hoyo excavado en la tierra. Pronto había despejado la entrada; entonces consiguió agarrar a Kettler por el cuello del uniforme y sacarlo tirando de él. Dejó sobre las piedras el cuerpo, que no daba señales de vida, y corrió detrás de los otros.

Cuando llegó al aire libre, encontró a los camaradas en plena contienda. El fuego de minas había cesado, a la espalda había una pared llena de impactos de artillería. Döhring y Horn estaban pegados a la pared delantera de un gran cráter abierto por una explosión y disparaban. Hugershoff yacía en tierra, parecía muerto o gravemente herido. Cuando Sturm se metió de un salto en el cráter, el zapador volvió los ojos hacia él y le miró con rostro desencajado. Un disparo le había rozado la frente; de un profundo surco, bajo el nacimiento del pelo, fluía la sangre. Retiró el fusil y con la mano derecha desenroscó el indicador de distancia del anteojo de puntería, mientras que con la mano izquierda se quitaba la sangre de los ojos. Sturm golpeó a Döhring en el hombro:

—¿Qué ocurre?

—Los ingleses están en la trinchera.

En efecto, de la zona de delante llegaba el sordo e inconfundible estallido de las granadas. A veces asomaba por la pared de la trinchera una silueta color barro, hacía un movimiento de arrojar y desaparecía. Ahora Sturm sacó también su fusil y disparó. Se trataba de apuntar con la rapidez del rayo y de disparar. Así, los tres hombres estaban tendidos uno junto al otro y disparaban hasta que el aire caliente temblaba por encima de los tubos de los fusiles. Poco a poco retornó el silencio. Sturm se inclinó sobre Hugershoff para ponerle un vendaje, pero tras una mirada al rostro amarillo como la cera tiró el paquete de apósitos.

Döhring miró el reloj.

—Parece que han acabado con la guarnición de la trinchera. Horn, hemos de intentar que su unidad de zapadores…

Una ametralladora que, inesperadamente, empezó a disparar por el flanco izquierdo, le cortó la palabra. Los proyectiles pasaban rozando el cráter o explotaban en el borde. Horn recibió un segundo impacto que se llevó por delante una hombrera y un jirón, como un palmo de grande, del uniforme. La cosa se ponía fea. Por la izquierda, el enemigo parecía haber penetrado ya bastante en las trincheras. Los tres compañeros de combate estaban hechos un ovillo en el fondo del cráter, era imposible levantar la cabeza bajo aquel fuego nutrido. Sturm pasaba la vista del uno al otro, tenía la extraña sensación de que todo aquello no le concernía. Era como si estuviese contemplando un espectáculo ajeno a él. Döhring estaba muy pálido, su mano se tensaba con fuerza, pero con un ligero temblor, en torno a la culata de la pistola. La calma del zapador era admirable. Cogió de la anilla del cinturón su cantimplora, la descorchó, se bebió el contenido de un trago y la lanzó por el aire:

—Sería una pena no haber bebido hasta la última gota.

Luego todo ocurrió muy deprisa. De pronto cesó la lluvia silbante de proyectiles. Cuando se levantaron los tres, tenían delante de ellos una tropa de choque inglesa.

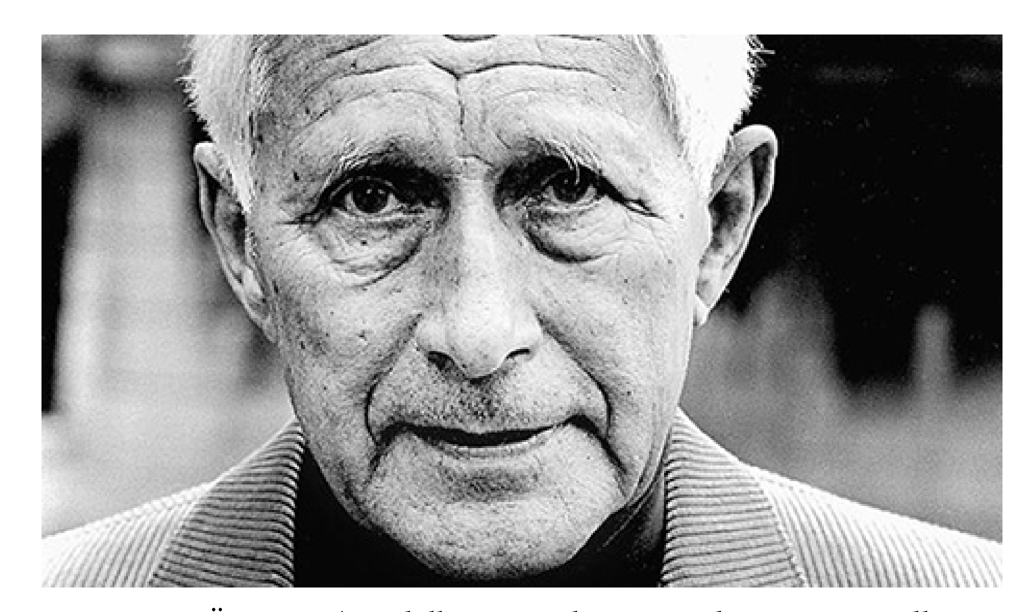
—*You are prisonners* —les gritó una voz.

Sturm clavó la vista en el rostro del zapador. Era como una llama, blanca y viva. Luego vino la respuesta.

—*No, sir* —acompañada de un disparo de pistola.

Resonó una salva de granadas y de tiros de fusil. Las siluetas desaparecieron bajo una nube de fuego, de salpicaduras de tierra y de humo blanquecino. Cuando se disipó la nube, Sturm estaba solo. Levantó una vez más la pistola, luego una bala en el costado izquierdo lo dejó sin luz y sin oído.

Su última sensación fue la de hundirse en el torbellino de una antiquísima melodía.



ERNST JÜNGER (Heidelberg, 29 de marzo de 1895 – Riedlingen, 17 de febrero de 1998). Escritor, filósofo, novelista e historiador alemán. Su infancia transcurrió en Hannover, y en 1913, tras huir del hogar familiar, se alistó en la Legión extranjera, pero al poco tiempo tuvo que abandonarla debido a la intervención paterna. Voluntario en la primera guerra mundial, fue herido varias veces obteniendo la condecoración *Pour le Mérite*, también conocida como «Blauer Max» al mérito militar. Fruto de esta experiencia, fue la publicación de sus recuerdos de la guerra en el libro *Tempestades de acero*.

Inició estudios de zoología y se trasladó a Leipzig y, después, a Berlín.

En 1941, como capitán del ejército, formó parte del alto mando alemán en París. El régimen nazi prohibió la publicación de sus obras. A partir de los años cincuenta, Jünger combinó las estancias en Wilflingen con viajes por el mundo entero y la creación de una obra literaria, ensayística y memorialística, que le ha convertido en uno de los testigos más lúcidos, apasionantes y controvertidos de nuestra época. Jünger murió en Wilflingen en 1998, poco antes de cumplir los 103 años de edad.

Notas

[1] «Mariscal Adelante» (Marschall Vorwärts): sobrenombre que recibió de sus soldados el mariscal prusiano Von Blücher (1742-1819), cuando a la edad de 71 años logró con su táctica ofensiva vencer en varias batallas a las tropas de Napoleón y entrar en París. Fue también el artífice, junto con Wellington, de la definitiva derrota de Napoleón en Waterloo. (N. de la T.) <<

[2] «Papá Wrangel»: el mariscal prusiano Friedrich von Wrangel (1784-1877) destacó en las guerras contra Napoleón y se distinguió sobre todo en la represión de la Revolución de 1848 en Berlín. Debe su sobrenombre a su carácter afable y campechano. (N. de la T.) <<

[3] Poeta lírico alemán (1874-1945), descendiente del célebre barón de Münchhausen. Compuso baladas muy populares en el periodo de entreguerras, especialmente durante el Tercer Reich. Combatió en la primera guerra mundial y más tarde, sin ser claramente antisemita, se adhirió plenamente al régimen hitleriano. Ante la derrota alemana, se suicidó en 1945. (N. de la T.) <<

[4] Periodista y escritor alemán (1866-1914), cantor del paisaje de las landas de Lüneburg y autor de novelas (la más célebre: *Der Werwolf*, 1910). En 1914, a los 48 años, se alistó como voluntario, declinó puestos de retaguardia y cayó luchando en el frente occidental. (N. de la T.) <<

[5] Ernst W. Lotz (1890-1914), poeta lírico del expresionismo alemán, hoy casi olvidado. En 1914 se alistó como voluntario en

el Ejército y cayó luchando en el frente occidental. (N. de la T.) <<

[6] Georg Trakl (1887-1914), poeta lírico austriaco. Su poesía, influida por el simbolismo francés, es difícil de encasillar en una corriente literaria. Farmacéutico de profesión, su participación como oficial médico en el frente oriental, durante la Gran Guerra, le provocó una fuerte crisis nerviosa que abocó en el suicidio en noviembre de 1914. El reconocimiento de su obra literaria ha ido en aumento después de su muerte. Su *Obra Completa* está traducida al español (J. L. Reina Palazón: Trotta, 2000). (N. de la T.) <<

ÍNDICE